CRONICA MEJICANA DE UN VIAJERO PROVINCIANO

Sergio García Oriol
Lycée Lapérouse
Albi (Francia)

No tengo la pretensión en esta pequeña crónica de enseñar nada a nadie sobre Méjico y los mejicanos, de extractar ninguna guía, por buena que sea, ni de hacer una reseña del congreso de AEPE. Sólo pretendo consignar algunas impresiones personales de un viajero deslumbrado por todo lo que reluce ante él, aunque no sea de oro.

Viernes 25 de julio de 1980

La cita es en el aeropuerto de París: «Orly Sur - Porte R - Zone 3.» Qué larga me ha resultado la travesía de París; qué pesada la maleta con sus buenos 19 kilos y la bolsa de viaje con los trastos de fotografiar, de asearse y no sé qué menudencias más.

El Metro, subidas y bajadas, preguntas a unos y a otros más o menos informados, cambios y transbordos, escaleras automáticas y de las otras, pasillos interminables, el tiempo que vuela, retrasos imprevistos, vacilaciones, el autobús de Orly, por fin.

Qué incongruentes aquellas dos chicas del Metro que hablaban en voz alta y se reían entre dos estaciones del trayecto. Su actitud era casi profanatoria. Desdichados vecinos los de una gran ciudad como ésta, adustos y apresijados (que nadie me lance la primera piedra; cada uno tiene la creatividad que puede). Prefiero mi rincón provinciano de mala muerte.

Esto es Orly. Esa es la puerta R. Lo zona 3 no queda lejos y todos los aparejos de medir el tiempo certifican que, con todos mis temores, tengo hora y media por delante.

Vaya caballero distinguido aquel que se acerca con su chaqueta azul cruzada y su equipaje ligero y elegante. Y me sonríe, se dirige hacia mí, me saluda. ¡Pues claro, si nos encontramos el año pasado en el Congreso de León!

Ya formamos un pequeño núcleo de Aepeístas, al que se suman aquél, el otro, el de más allá, un montón de gente, amigos, conocidos, algunos semblantes nuevos. Abrazos, congratulaciones, conversación general. Aquí Patricia, de la agencia, que nos saluda, nos distribuye bolsos con carpetas, sombreritos blancos y verdes que encajan exacta-

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

mente en la cabeza de cada uno, etiquetas para el equipaje, informaciones sobre lo que tenemos que hacer.

Espera, entrega de las maletas, paso por el control de seguridad. Me siento sospechoso y sospechado, pero mi preocupación mayor es que no me vayan a impresionar los carretes fotográficos sometiendo mi bolso a vete a saber qué radiaciones.

Ya estamos filtrados y listos para embarcar. Por fin, sentado cada uno en su sitio del DC 10-30 «Castillo de Chapultepec», el comandante Ramírez, muy fino, en su nombre y en el de la tripulación entera, nos saluda amablemente y nos da un montón de noticias interesantes: altura, velocidad, duración del vuelo, cómo hay que sentarse, lo que puede pasar. Por lo demás, hay en cada asiento un folleto ilustrado donde se indican todas las salidas posibles, cómo hinchar los salvavidas, la manera de transformar los toboganes de evacuación en lanchas de salvamento con todas las comodidades requeridas. Lo único que no dice el dichoso folleto es dónde han puesto el paracaídas que me corresponde, lo que es un olvido fastidioso e imperdonable.

Pero lo que me preocupa de verdad es el señor Ramírez, por muy cortés que sea. ¿Sabrá o no sabrá? ¿Se acordará de hacer a su debido tiempo todo lo que hace falta como Dios manda?

Me gustaría recitar en el momento del despegue algo poético y apropiado a nuestro caso, como aquello de Heredia: «Comme un vol de gerfauts hors du charnier natal...» Pero la memoria me falla porque Ramírez me preocupa demasiado. Me hace pensar en la historieta conocida de aquel prestigioso navegante que iba siempre consultando un libro de apuntes, en el que se suponía había consignado su larga experiencia y su ciencia de marear, y luego, a su muerte, cuando abrieron el misterioso librillo, sólo encontraron una línea que decía: «Babor: izquierda. Estribor: derecha.»

«Acelere usted más, que no vamos a poder», pienso yo. Vaya por Dios, el comandante Ramírez sabe, la pista queda ya bastantes metros por debajo de nosotros y vamos subiendo de manera satisfactoria. Estos DC 10-30 no deben de ser de los que se escacharran a cada dos por tres, serán un modelo perfeccionado.

Lo demás es rutina: abrochar y desabrochar el cinturón, beber refrescos y comer con más frecuencia de lo normal, ir a charlar con uno o con otra, ver una película y escuchar el diálogo por un puñado de dólares con los auriculares de alquiler o verla gratis sin auriculares, lo que tiene más mérito y deja más campo libre a la imaginación. El tiempo va pasando y uno se dice que no es tan fiero el león como lo pintan, excepto cuando hay turbulencias, que son unas sacudidas inquietantes, muy bruscas y muy feas.

Y qué bonita lección de cosas: llevamos el mismo camino que el sol y lo vamos persiguiendo, de manera que es muy tarde ya y todavía es de día. Pero como volamos a 900 kilómetros por hora y él es más rápido, acaba por adelantarse mucho y abandonarnos antes de llegar a Méjico. Ahora sí que entiendo bien lo de las zonas horarias.

Bajo nosotros aparecen islas que nadie sabe designar y algo más tarde el espectáculo de las costas de la Florida, de sus ciudades, de las innumerables lagunas, canales e instalaciones náutico-deportivas, antes de posarnos en Miami, donde pasamos cuarenta minutos en una sala muy bien puesta y muy bien cerradita para que no podamos escapar. Los funcionarios estadounidenses que se muestran por allí tienen un tipo muy latino y hablan español.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

Lo más interesante son los lavabos para las señoras, con la curiosa iluminación de neón, que pone un marco verde muy lindo a ciertas tapaderas generalmente menos poéticas. Son nuestras compañeras de viaje, harto risueñas, las que nos han invitado amistosamente a que penetremos en el lugar reservado para contemplar la inusitada instalación.

Ramírez se queda en Miami, pero yo me siento tranquilizado y su compañero ya no me causa ninguna inquietud. No quedan más que dos horas y media de vuelo y el tiempo pasa volando, como se suele decir.

Visto desde el avión, el espectáculo nocturno de Méjico, un inmenso mar geométrico de luces multicolores, es absolutamente inolvidable. Y no digo más porque de ahora en adelante he de mostrarme parco con los adjetivos ponderativos si no quiero agotar las existencias y repetir indefinidamente las expresiones admirativas de que dispongo.

Larga espera para recoger el equipaje, espera en el autobús para cargarlo, nueva espera en el hotel para que lo descarguen y lo recuperemos mientras se distribuyen las llaves de las habitaciones, espera ante el ascensor para que todos vayamos subiendo con armas y bagajes. El transporte aéreo, los veloces viajes de hoy, son una larga lección de paciencia.

Por fin, entre diez y once de la noche (hora de Méjico) podemos acostarnos. En Francia son las seis o las siete de la mañana. Hace veinte horas que en París emprendí el camino hacia Orly.

Durante la noche me despierto varias veces sin saber dónde me encuentro, lo que estoy haciendo aquí.

Sábado 26 de julio

Después de despertar y desayunarse, cada cual se organiza para utilizar la mañana a su guisa.

Yo voy a pasarla en el Bazar del Sábado, un mercado de cuadros y de artesanía en cierta plaza que nos han indicado.

Ayer noche pisé el suelo de la ciudad, vi sus luces, vislumbré edificios y monumentos, hablé con algún empleado del hotel. Ahora empieza el verdadero contacto con Méjico y sus habitantes, quince millones de gentes, como ellos dicen. Dicen muchísimas cosas más, de las que iré aprendiendo o recordando algunas durante nuestro periplo. Y, en primer lugar, que México, Oaxaca y otras grafías del mismo tipo no son sino coqueterías arcaizantes. Nuestro difunto general De Gaulle, cuando fue a Méjico en visita presidencial y les propuso aquello de «andar la manó en la manó», se esmeraba muchísimo en pronunciar «Méshico, meshicanos y meshicanas». Alguien le habría asesorado mal. Así hablaba, si recuerdo bien, mi abuelita la pobre. Los interesados escriben, ciertamente, «México, mexicanos». Pero no dicen «Mécsico» ni «Méshico», sino «Méhico», como tantísimos españoles, aunque se obstinen en no escribirlo con «hota», como se hace en la Península.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

Me sorprenden las expresiones ponderativas: la vida **está carísisima** y es **mucho muy** difícil ganársela. No hablemos de las añagazas de vocabulario, del camión que transporta a las gentes en masa o del carro que las lleva uno a uno o cuatro a cuatro, del popote para sorber refrescos, de una orden de piña, ración muy suficiente para uno, vocablos novedosos para nosotros, armados únicamente de nuestro español de Europa.

Novedad también la fonética suave, la melodía de la frase que redondea asperidades. Me contaba un arquitecto, establecido en Veracruz desde hace cuarenta años (ya se comprende por qué), que la primera vez que se presentó en una obra y tuvo que dirigirse a un peón indio, al decirle con su tono español «Oiga, venga usted aquí», el interpelado le dirigió una mirada aviesa, cargada de resentimiento. A poco, el capataz, con voz dulce y lenta, en su melodía nacional, decía al mismo peón: «Oye tú, hijo de puta, eres un flojo, no haces nada bueno, te voy a botar ahorita», y aquél le miraba sonriente y complacido. Lo importante era el tono. «¿Por qué me habla usted golpeado?», le preguntó otro peón al oír su voz y su tono de España.

Además el hablar mejicano es muy promocionante. Por mi parte, cuando un honorable universitario me cede el paso en la Universidad Autónoma de México (UNAM para los familiares) diciéndome «Pase usted, maestro», me siento halagado y rodeado de una aureola de notoriedad científica, literaria, filosófica o hasta, cómo no, artística. Y cuando un taxista me pregunta «¿A dónde vamos, mi jefe?», siento el soplo de lo épico y me veo a caballo blandiendo el fusil a la cabeza de una partida de aguerridos combatientes.

Pero estamos en el Bazar del Sábado. Muchos de los nuestros merodean al aire libre o en un local cubierto entre innumerables puestos de todo cuanto se puede comprar y vender: tejidos, vestidos, blusas, sarapes, ponchos, rebozos, cobijas, sombreros de paja o de fieltro, juguetes, monigotes, cacharros y figuritas de barro o de piedra, pulseras, cadenitas, dijes, collares, sortijas, llaveros, platos, fuentes, ceniceros, mil chucherías y fruslerías, baratijas (que a veces resultan caratijas) de todas suertes, calidades y precios, que nos plantean delicados problemas de conversión de monedas: ¿cuánto representan tantos pesos en pesetas, en dólares, en liras, en marcos, en coronas, en libras, en francos franceses, suizos o belgas y demás formas del vil metal?

Nos encontramos de lleno en la abigarrada mezcolanza humana del pueblo mexicano: indios puros (o impuros, ¿quién sabe?), mestizos de todas cataduras, blancos tan morenos como los indios, cuando no son rubios de rosa y azucena, que también los hay. Empieza la experiencia del regatear, deporte nacional que ya he descubierto al tomar o coger un taxi (acciones ambas sorprendentes para un mejicano, para quien la primera evoca la absorción de líquidos, preferentemente alcoholizados y, la segunda, obscenas e inesperadas perversiones mecánicas) y al tener que establecer con el conductor el precio de la carrera en un laborioso tira y afloja entre los cien pesos de la demanda y los cincuenta de la oferta.

En el mencionado deporte algunos de los aepeístas adquieren en pocos días categoría internacional de supercampeones, otros se quedan irremediablemente en la de principiantes ingenuos y unos pocos se crean una especialidad al regatear con los niños indios. Ello consiste en discutir encarnizadamente los precios hasta obtener rebajas espectaculares, halagüeñas para la negra honrilla, y en pagar después de la victoria el precio pedido inicialmente y hasta unos pesos más, pero a hurtadillas, como avergonzados de tal debilidad. Yo me pregunto si esa generosidad no causa un trauma en los

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

favorecidos, que ven por los suelos normas y principios establecidos sólidamente desde tiempo inmemorial.

Me llaman particularmente la atención los vendedores de fruta: melones, duraznos, sandías, que pelan hábilmente las guayabas y con unos cortes de cuchillo esculpen una flor, que ofrecen a los paseantes enristrada en un palito en guisa de tallo.

Todo es color, movimiento, diversidad, paraíso para curiosos y mirones.

Otro taxi para regresar. Este es de los de sitio, es decir, que tiene un puerto de atraque, al que regresa cuando queda libre para esperar, junto con varios compañeros, las posibles llamadas telefónicas. Los taxis ordinarios merodean a la caza del cliente. En cuanto a los colectivos, circulan por un itinerario fijo y cargan por siete pesos a cuantos los detienen mientras quepan en el carro.

Nuestro taxista es muy sociable y comunicativo; durante el trayecto la conversación no tiene punto de reposo. Según dice, el vehículo no pertenece al conductor, sino a un propietario que se lo alquila. El se llama Juan Belmont, de ascendencia francesa. Ha viajado por toda la República manejando camiones antes de hacerse taxista; lo conoce todo, y en particular la cocina, una verdadera vocación que le permita detallarnos, con toda la precisión de un buen libro especializado, la receta de un gran número de platos típicos. Nos indica lugares y establecimientos interesantes, curiosidades locales. Nos separamos buenos amigos y nos entrega su tarjeta con el número de teléfono de su «sitio».

En el hotel proponen dos excursiones para la tarde, pagaderas en dólares, naturalmente. Xochimilco, con sus conocidos jardines acuáticos, o la visita de la ciudad. Sin pensar que la primera es un espectáculo de sábados y domingos, movidos del dichoso espíritu cartesiano que nos incita a pasar de lo general a lo particular, nos apuntamos para el «tour» urbano, interesante, ciertamente, pero que cada cual puede emprender por su cuenta y a su manera en cualquier momento.

Así nos encontramos en un autocar con una amable guía. que a medida que el vehículo avanza nos va indicando lo que hay que mirar a la derecha y lo que se puede ver a la izquierda... si la suerte es favorable y si la mirada se posa en la fachada interesante, en los magníficos azulejos o en la romántica reja colonial en vez de tropezar con la entrada de un banco, la fachada de un cine o la cola de los que esperan el autobús. En cuanto a los monumentos elevados, se ve muy bien la base a través de la ventanilla, pero lo demás queda oculto y hay que imaginarlo.

Nos paramos en el Zócalo, Plaza Mayor, por así decir, inmensa y bordeada por hermosos edificios, de los que vamos a visitar el Palacio Nacional y la Catedral. LE GUIDE BLEU, entre otras guías, describe muy bien, con mucho detalle y pertinencia, todo ello y yo no sabría hacerlo mejor. No me meteré, pues, en honduras históricas o estéticas.

Sí diré que la guardia del Palacio me ha impresionado. Generalmente las guardias presidenciales, reales o imperiales son el resultado de una selección exigente de robustos e impresionantes grandullones. Aquí el criterio parece ser completamente opuesto. Bajo el casco de acero, el uniforme verde oliva y el imponente fusil hay una tropa de inditos delgaditos y bajitos de apariencia aniñada y no muy marcial. El mayor de ellos no pasará del metro cincuenta y cinco, que parece ser el tope. Por la plaza se pasean otros mili-

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

tares y militaras de la misma apariencia, salvo que en ellas la delgadez es menos evidente y algunas presentan las cuadradas redondeces de robustas matronas en miniatura.

Por las avenidas del centro nos dirigimos al parque de Chapultepec, inmenso conjunto de jardines con su castillo, su parque infantil, bosquecillos, museos, fuentes, estatuas. Tiene unas cuatrocientas hectáreas de superficie, lo que representa un cuadrilátero de dos kilómetros de lado en que cabría mi ciudad con sus cincuenta mil vecinos, excluyendo las afueras, naturalmente.

En Chapultepec el césped no es sagrado y se puede pisar. La gente anda por él y se sienta libremente bajo los árboles. Los enamorados se tienden a la sombra y manifiestan la mayor ternura dentro de los amplios límites de la decencia actual. La libertad de costumbres, la desaparición de viejos tabúes, la liberación de la mujer, parecen evidentes en la capital. Es cierto que estamos en una grandísima ciudad, pero en otras mucho menos grandes se ven escenas similares.

La visita continúa a través de un barrio residencial de lujosas mansiones. La señora guía subraya con insistencia las suntuosidades del lugar, que podemos admirar interminablemente. Manifiestamente no nos quieren enseñar nada más por hoy y están haciendo tiempo para llevarnos al hotel a una hora que no parezca abusiva por lo temprana. Una vez más se confirma lo decepcionante de estas visitas, con sus itinerarios estudiados para hacer durar la excursión y dejar curiosidades por ver en los próximos «tours», como dicen ellos.

Regresar al hotel, asearme, ir a comer cualquier cosa, me llevan a la hora en que me doy cuenta de que ya no puedo con mi alma y que dormir es una de las necesidades primeras del cuerpo humano, lo que pone fin a esta jornada, al menos para mí. Otros, con menos sueño y más resistencia, la prolongan con vertiginosas nocturnidades, lo sé de buena tinta.

Domingo 27 de julio

Hoy no tengo que preocuparme por el programa del día, puesto que todo está previsto y no tengo más que dejarme traer y llevar.

Vamos en tres autobuses, dos grandes y uno pequeño, cada uno con su guía. A mí me ha tocado el pequeño y nuestro guía es un hombre maduro de piel morena, pero de rasgos europeos. Se presenta como mestizo de madre india y de padre gringo. Su apellido es germánico, habla muy bien el alemán, el francés con corrección y el inglés con soltura; de vez en cuando suelta alguna expresión en italiano. Articula esmeradamente, con cierta lentitud y con acento mejicano, pero a veces la palabra exacta no acude a sus labios y la tiene que buscar. Nos dice que ha estado en la legión extranjera de Francia y que le llamemos Tim. Puntúa sus palabras con un «Yes, sir» rotundo y muestra su satisfacción con un «Ouauh» muy yanqui. Tiene cierto sentido del humor, que no todos mis compañeros aprecian porque les cae a contrapelo. Yo sospecho una existencia más compleja de lo que aparenta y mi imaginación se desboca un tanto. Nos va a acompañar casi hasta el final, hasta Cancún.

La excursión de hoy nos lleva a Guadalupe y a Teotihuacán, pero empezamos por una corta parada en la famosa Plaza de las Tres Culturas, que me recuerda la tragedia de los

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

estudiantes ametrallados allí por la tropa y la policía en 1968, unos meses antes de la apertura de los Juegos Olímpicos de Méjico. Una rápida ojeada general y una no menos rápida incursión hasta la iglesia de Santiago Tlatelolco nos permite contemplar el amplio concurso de vendedores de productos de artesanía, como los encontraremos en todas partes, y las indias sentadas en larga fila, al lado de sus respectivos anafes, preparando tortillas que ofrecen a los paseantes.

El señor Sanct Yago se nos muestra favorable. El domingo pasado se celebró su fiesta; hoy es la octava y continúa la celebración. Por ello delante de la iglesia se van reuniendo congregaciones de indios, ataviados con ornamentos multicolores de los tiempos precolombianos. Con el torso y las piernas desnudos, ostentan vistosos penachos, mantos suntuosos, galones y cascabeles; tienen instrumentos de música y principalmente un corto mango, que se termina en cada extremo por un cono de hojalata, algo así como las conocidas maracas. Cada hermandad lleva sus pendones y estandartes con ingenuas pinturas alusivas y las flores abundan. De vez en cuando unos u otros se arrodillan en corro y, en honor del apóstol, empieza un canto interminable y monótono, cuyas palabras repetidas machaconamente, aunque cantadas en español, no consigo entender bien.

Todo esto compone un extraordinario espectáculo, que rebosa de autenticidad espontánea y no tiene nada que ver con las manifestaciones del folklore para turistas. Yo celebro en silencio el hado propicio que me lo ha brindado y me marcho muy a mi pesar porque el autobús espera y no hay que retardarlo más.

Seguimos por calles y avenidas, cruzando barrios diversos, y pronto llegamos a la basílica de Guadalupe. No sé por qué, siempre había pensado que Guadalupe era un lugar de peregrinación aislado, que no sabía situar. En realidad se halla en plena capital, en la periferia, ciertamente, pero bastante antes de abandonar el núcleo urbano. Fuera de esto, pocas sorpresas en Guadalupe: los edificios tan conocidos, la misma multitud de vendedores que en todas partes, la muchedumbre de fieles y de visitantes y, para que no falte nada, en la explanada que se extiende delante de la Basílica moderna dos jóvenes, dos muchachos, avanzan, cada uno por su lado, hacia el edificio de rodillas. El interior está abarrotado porque se está celebrando una misa, pero ello no me impide descender a la cripta y desfilar en una larga cola ante el cuadro milagroso de la famosa Virgen.

Cuando llego, a la carrera, el autobús está ya a punto de salir. El día es soleado y la temperatura suave y agradable, lo que parece natural en Méjico en el mes de julio y a más de dos mil metros sobre el nivel del mar, pero no olvidemos que nos encontramos en la estación lluviosa y, si lo olvidáramos, los chaparrones que de vez en cuando, con lo imprevisores y optimistas que somos, nos sorprenden y nos calan, están allí para recordarlo cuando menos se espera, y no más tarde que unas horas después, al terminar la visita a Teotihuacán.

Por fin hemos salido de la ciudad y del territorio que la rodea y que constituye con ella el Distrito Federal, entidad administrativa que depende directamente del Gobierno de la República, para penetrar en uno de los treinta y dos Estados de la Federación, el Estado de México, regido por un gobernador, jefe del Ejecutivo, por un Parlamento y demás instituciones democráticas. En este momento se está en plena campaña electoral para la elección de gobernadores en otoño. En todas las ciudades y pueblos por los que pasamos la propaganda se manifiesta insistentemente: cartelones con la fotografía del

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

candidato, gallardetes con su nombre, paredes pintadas con alguna frase lapidaria del mismo, la invitación a votar por él y el modo de hacerlo, el símbolo de su partido tachado por una cruz. «Vota así.» Hasta las farolas del alumbrado público se encargan de recordar al ciudadano su deber cívico. Ahora bien, la inmensa mayoría de cartelones, pancartas, farolas y paredes se refieren al candidato del PRI —Partido Revolucionario Institucional—, el partido oficial, y ostentan sus colores. De vez en cuando aparece tímidamente otro partido, otro candidato, otras consignas. Se trata a menudo del PCM, partido comunista. En uno sólo de los Estados que visitaremos he podido observar un pluralismo más vasto, con la presencia de cuatro o cinco partidos diferentes de derechas o de izquierdas.

Tim, el guía, nos explicará más tarde todo lo que el Gobierno y el PRI hacen por el pueblo y cito sus palabras, si no textualmente, por lo menos en su esencia: «Los mejicanos no quieren un sistema comunista, pero están apegados a las conquistas de la revolución. Por lo demás, les falta preparación política y no están maduros para un cambio. Así se explica que la inmensa mayoría vote indefectiblemente por el partido oficial, que conduce la República por el camino del progreso.»

Desde que salimos de la capital vamos viendo, a un lado o a otro de la carretera, aglomeraciones geométricas más o menos vastas de casitas modestas y uniformes. Según parece, son obra y propiedad de la organización sindical y se construyen para alojar con cierta decencia y a precio abordable a los trabajadores de la inmensa urbe.

No tardamos en llegar a Teotihuacán, meta de la excursión. No voy a caer en el ridículo de la disertación o del lirismo explosivo. Lo que sí diré es que este lugar me impresiona. Hay en nosotros un patrimonio de lecturas y de imágenes que nos obliga a ver no con objetividad, sino con inquieto temblor de emoción. Para precisar este concepto citaré lo que ocurre en el cine, cuando vamos a ver una película muy comentada y encomiada y a la salida nos sentimos defraudados, nos decimos que no era para tanto, que esperábamos más y mejor.

Ni en Teotihuacán ni en ninguno de los centros arqueológicos que hemos visitado en Méjico hay lugar para la decepción. La inmensidad del espacio, la magnitud de los monumentos, la magnificencia del trabajo humano, la armonía con el paisaje, el rigor de la construcción y de la disposición son tales, que nadie puede permanecer insensible.

La extraordinaria visión de la Calle de los Muertos, con la pirámide de la Luna al fondo y la del Sol a la derecha, así como la Ciudadela y el templo de Quetzalcoatl, se me queda grabada en la memoria. ¿Cómo olvidar las esculturas del templo, tan vistas en libros y fotos y tan superiores a la imagen en su realidad tangible?

Hoy, domingo, la afluencia de visitantes es grande. No sólo la turba cosmopolita de las agencias de viaje, sino también la muchedumbre mejicana, orgullosa de su pasado, hormiguean por todas partes y ponen una pincelada de vida multicolor sobre las piedras venerables. Para mí toda esa multitud no altera la majestad de este lugar, que empequeñece al hombre y absorbe, por así decir, su presencia, su movimiento y sus voces.

Después de la visita, la comida en un restaurante próximo congrega a todo el grupo, escindido por la necesidad de viajar en tres vehículos, y nos permite conocer algunos condumios ignorados, el puré de fríjoles, el maíz cocido en sus hojas, las tortillas fritas, la ensalada de nopales; sabores inéditos, sorprendentes, que gustan o no. En mí, por

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

ejemplo, y lo confieso humildemente, las chumberas aliñadas no suscitan inmensas voluptuosidades gastronómicas, pero todo es cuestión de paladar y de educación, que de todo hay en las viñas del Señor.

Tras la comida emprendemos el regreso bajo la lluvia, no sin visitar de paso el monasterio agustino de Acolmán, cuyo lindo claustro me encanta.

Algo más lejos nos detenemos en un taller de artesanía lapidaria donde se vende de todo. El encargado, amable y discreto en lo que se refiere al aspecto comercial, que aparenta despreciar, nos muestra de qué manera se quita el cogollo al maguey adulto para dejar una cavidad de donde brota el aguamiel, cuatro litros al día, aspirada con un popote. El aguamiel se deja fermentar para obtener el pulque, líquido lechoso, espeso, de poco grado alcohólico, cuya destilación dará el tequila, que ya es otro cantar. Se nos invita a catar uno y otro. El pulque que nos dan me sabe a demonios. A lo mejor no estaba en su punto, pero no tendré ocasión de renovar la experiencia y de rectificar esta primera impresión. La copita de tequila se bebe de un trago, seguido de un lengüetazo de sal con unas gotitas de limón. No me desagrada, ni mucho menos, y no lo encuentro nada flojo. Me siento bastante alegre después y en adelante, cuando vea el espectáculo, bastante corriente aquí por las calles y hasta por las carreteras, de imprudentes transeúntes que se tambalean, ya no me preguntaré la razón de tal andadura.

Por la noche, siguiendo las indicaciones del taxista Juan Belmont, nos dirigimos a la Plaza Garibaldi. Hay por allí restaurantes de diversas categorías, en cada uno de los cuales una banda de mariachis (violines, guitaras, trompetas) ameniza la comida con aires de la tierra. Hay también un inmenso cobertizo con aspecto de mercado, cada uno de cuyos puestos expende comidas. Un mostrador, hornillos, un banco para los clientes. Diversos platos típicos se ofrecen a los que circulan, pero cada puesto parece particularmente especializado en alguno de ellos. El pozole, que es un guiso de cabeza de puerco, y la birria de Jalisco son los que tienen más éxito. La clientela es popular, mejicana en su totalidad si se exceptúan los escasísimos turistas, como nosotros, que no desdeñan el contacto de sus aristocráticas personas, portadoras de prestigiosos dólares, con la modesta plebe, que cuenta sus humildes pesos. Hay que reconocer que en estas circunstancias hay que entornar los ojos y olvidar un tanto las exigencias de la higiene refinada.

La birria de Jalisco, que comemos con gran satisfacción, es un asado de cabrito que se pica en pedacitos de regular tamaño con cebolla cruda, también picada, y un cazo de sabrosa salsa cuya composición ignoro. Se añaden unas gotas de limón y chile a voluntad. Para beber, cerveza, que es lo que más se estila. Todo ello se acompaña con tortillas a guisa de pan. En puestos vecinos se puede comer un postre: frutas, helados, dulces, pasteles, buñuelos y demás.

Durante la comida la lluvia no cesa de caer con fuerza y algunos tenemos que cambiar de sitio para preservarnos de las goteras. Cuando salimos a la plaza ha cesado casi totalmente de llover y la gente se congrega de nuevo en torno de los numerosos conjuntos de mariachis que tocan y cantan al aire libre para el que los contrate. Generalmente se trata de una familia, una pareja o un grupo de amigos que se ofrecen una serenata, compartida con los curiosos que se agolpan en torno a ellos y a los músicos. Estos tocan sus instrumentos con satisfactoria maestría, pero no pasan de modestos aficionados en lo que se refiere al canto. Frecuentemente los clientes entonan la canción

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

y lo hacen tan bien o mejor. Los mariachis llevan todos el traje charro, de color negro con galones y botones de plata y el inmenso sombrero tradicional.

Por la avenida que bordea la plaza llega algún taxi con cinco o seis personas de ambos sexos que van de parranda. El coche se detiene y se entabla un diálogo entre los viajeros y el jefe de un conjunto de mariachis; se trata de fijar el precio y el programa de la actuación y siempre se llega a un acuerdo. Los músicos rodean el auto y entonan la serenata, que los clientes escuchan sin apearse a través de las portezuelas abiertas. Yo supongo que los gringos deben hablar de «drive-in mariachis».

Al alejarnos de allí vamos encontrando acá y allá, tendidos en plena acera o a la entrada de una casa, durmientes empecinados que no sorprenden a nadie. Se cansaron, sin duda, de tambaleos y de traspiés y esperan entre sueños el momento en que el suelo recobre más estabilidad.

Nosotros terminamos el domingo con la ascensión de la torre Latino-Americana, con sus 42 pisos y sus 177 metros. Para tranquilizar a los compasivos precisaré que la ascensión la hicimos con el ascensor, que para eso se hizo. Desde la galería terminal hay una vista que recuerda la que tuvimos desde el avión y que no me entusiasma menos.

Para ser completo, ahora me tocaría contar los sueños de aquella noche, pero los he olvidado y ni siquiera sé si soñé.

Lunes 28 de julio

Hoy empezó el Congreso de la A. E. P. E. en la UNAM, inmenso hormiguero de trescientos mil estudiantes, según nos afirman. Pero mi propósito no es hablar del Congreso. Sólo recordaré el «cocktail» que nos ofrecieron por la tarde en el Instituto de España, donde comí cositas deliciosas en cantidad y bebí a la medida de mi sed, que no era poca. Me queda la impresión que tuve en este dominio numerosos imitadores e imitadoras y que las conversaciones que se entablaron allí fueron muy animadas e interesantísimas. Pero no sé por qué los recuerdos que conservo de ellas son un tanto brumosos, borrosos y confusos. La memoria tiene sus caprichos. ¡Qué lástima! Con lo bien que me expresaba yo, elocuente, oportuno, gracioso y ocurrente como nunca.

A la hora de cenar me sentí tan desganado que renuncié a la cena. No fui el único. Todo el grupo con quien me encontraba hizo lo mismo. Sin duda el esfuerzo intelectual de la mañana nos quitó el apetito. Nos limitamos, pues, a un paseo por la elegante Zona Rosa, en donde encontramos a no diré quiénes de los nuestros, los más inmateriales y las más etéreas, en la terraza de un restaurante, sólidamente instalados ante una mesa cubierta de suculentas vituallas y de líquidos diversos en que lo único que falta es el agua mineral o los refrescos higiénicos. ¡Qué temple el de estos amigos! Están fabricados de acero cromado inoxidable.

Nosotros, menos diamantinos, nos sentamos en otro restaurante (no encontramos por aquí ningún café) donde, después de mucho parlamentar, consienten en servirnos unas cervecitas a secas. La ley y la regla sólo permiten «cerveza con alimentos», pero, la verdad, la sola palabra «alimentos» nos horroriza. La conversación que mantenemos ahora, por amistosa que sea, es menos animada y menos brillante que las del Instituto de España.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

Mientras tanto, en el establecimiento vecino se produce cierto tumulto. Un señor sujeta firmemente a un muchacho, casi un niño, y explica que le han robado el bolsillo en que llevaba dinero y documentación. El autor del robo ha sido otro niño, compañero del aprisionado, y el robado quiere hacer cantar al presunto cómplice y espera la llegada de la policía. Nunca sabremos cómo terminó el incidente, pero yo observo que desde entonces me aferro a mis pertenencias con gran determinación.

Nos retiramos temprano al hotel porque el autobús que ha de llevarnos a la Universidad es muy mañanero. Hoy tengo la impresión de que el noctambulismo no interesa a nadie.

Martes 29 de julio

Segunda mañana de trabajo en la UNAM. Un cortejo de estudiantes con cartelones cruza el césped y se dirige a uno de los edificios. Van entonando cánticos en honor de Cristo Salvador y distribuyen folletos de propaganda místico-política en que se preconiza una patria nueva de inspiración cristiana y, al mismo tiempo, nacional y social. Todo esto me recuerda algo que ya he oído sonar. Por las paredes de los diversos edificios abundan carteles e inscripciones reivindicativas, manifiestos sobre lo que está ocurriendo en Bolivia o en El Salvador, convocatorias para manifestaciones corporativas, culturales o artísticas, todo un hervor intelectual o ideológico.

Por la tarde, en Chapultepec, emprendo la visita del Museo Nacional de Antropología, vasto edificio de audaz arquitectura, donde la adecuación a la función se conjuga maravillosamente con la estética de líneas y masas y con la suntuosidad de los materiales. Los suelos de mármol, limpísimos, brillan como espejos: unos empleados, provistos de grandes bayetas con largos mangos, van limpiando incansablemente de sala en sala y éste parece ser su único trabajo cotidiano. Se advierte aquí un respeto enfervorizado por el patrimonio nacional y por todo lo que se refiere a la cultura, impresión que se ha de confirmar por todas partes a lo largo del viaje, rasgo nunca desmentido tanto de las autoridades como del pueblo de este país.

Lo entusiasmante de este museo viene de la abundancia y diversidad de lo que se expone y de su valor, no sólo arqueológico, sino también estético, todo ello realzado por el cuidado exquisito de la colocación y la presentación, por el rigor y la claridad de las explicaciones escritas que se encuentran en cada sala, en cada vitrina, al pie de cada pieza, con un extraordinario sentido didáctico en la información del visitante.

Desde mi llegada hasta la hora del cierre voy de sala en sala y de entusiasmo admirativo en admiración entusiasta. Al final me doy cuenta de que he visto como una tercera parte de lo que se puede ver y que es absolutamente necesario que vuelva otro día.

A la salida sigue la lluvia que empezó a caer durante la visita, ahora con poca intensidad. Con mi impermeable encerado de color negro ofrezco una atracción inesperada a los transeúntes que pasan despreocupados, como si tal cosa, sin hacer caso del agua y que me consideran con mirada curiosa y divertida, como si fuera un bicho raro.

Después de cenar, una vueltecita por las calles y me retiro a descansar, que buena falta me está haciendo.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

Miércoles 30 de julio

El Congreso continúa sus sesiones matinales. Por la tarde vuelvo al Museo Antropológico. Durante la visita se desencadena una tormenta de las gordas. Truenos y relámpagos se suceden sin interrupción, la lluvia es violentísima y se produce un apagón. El alumbrado de emergencia me permite proseguir la visita y completarla con la sección etnográfica, que se encuentra en la segunda planta.

A la salida la lluvia cae más suave y emprendo un paseo en camión. Por el magnífico paseo que es la Avenida de la Reforma el conductor pasa de un carril a otro para adelantar de manera poco ortodoxa. Poco después un motorista de la policía le ordena que se arrime al borde de la calzada y se detenga. Se entabla entonces un largo parlamento; cotejo de papeles, posición intratable del motorista, inflexible a razones y súplicas, y, en conclusión, el autobús ha de quedar inmovilizado y el conductor ha de entregar la licencia de conducir al policía. Los viajeros han de bajar y esperar otro vehículo, que no tardará en llegar. Yo me asombro de tanta severidad y compadezco al chófer, que con la licencia está perdiendo el pan de sus hijos. Pero de repente nos llaman para que subamos de nuevo al autobús. Todo se ha arreglado misteriosamente, el conductor conserva la licencia y continúa su trabajo y el policía se aleja en su moto. No sé cómo se ha producido el milagro, pero la verdad es que la policía parece gozar aquí de una sólida reputación de venalidad y de corrupción. Los periódicos desarrollan el tema cotidianamente, sin tapujos ni medias palabras. Un artículo denuncia abusos de policías que circulan y estacionan en coches sin placa. Un título grande en primera plana afirma que «la policía dispone de trescientos carros chocolate para sus atracos y robos». Estos días toda la prensa habla de la desaparición de una camioneta, de los dos policías que la custodiaban y de una suma considerable de millones de pesos que el vehículo transportaba. Sea lo que fuere, el incidente del autobús ha terminado bien para todos y principalmente, pienso yo, para el inflexible agente de la autoridad.

Con este tema de reflexión me voy a acostar y el sueño no se hace esperar nada.

Jueves 31 de julio

El día de hoy está consagrado a una excursión a Tula. Unos van en autobús, con la agencia de viajes; otros alquilan un coche, desafiando temerariamente los peligros de la circulación automóvil mejicana. Yo prefiero optar por el taxi. La constitución del grupo de los que han de ir en él presenta problemas de capacidad de los que se planteaban en la escuela primaria, con depósitos que se llenaban y se vaciaban caprichosamente. Los chicos de ahora no conocen esas dificultades, aunque es posible que encuentren otras no menos intrincadas. El caso es que a fuerza de hablar y planear, nos encontramos siete pasajeros para un coche que puede dar cabida a cinco con cierta incomodidad. Es lo que pasa cuando son varios, cada uno por su lado, los que se encargan de organizar una cosa sencilla. En el momento más desesperado la cosa se aclara. Uno de los presuntos viajeros ha pasado una noche malísima y no se siente en condiciones de emprender la excursión. Otros dos han encontrado otra oportunidad y ya no quedamos más que cuatro, lo ideal para la comodidad. Hemos apalabrado por teléfono a Juan Belmont, el taxista del primer día. Nos pedía mil quinientos pesos y hemos obtenido que preste el servicio por mil doscientos, lo que representa sesenta francos franceses por

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

barba. Por esta suma vamos a disponer del coche desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde, para un recorrido de unos doscientos kilómetros, y de la compañía de Juan, siempre pródigo en informaciones exactas y en secretos culinarios. El camino hasta Tula transcurre rápidamente y Juan nos va indicando oportunamente los puntos interesantes del trayecto.

Tula la tolteca continúa lógicamente la visita de Teotihuacán, puesto que cronológicamente se sitúa después y recoge su herencia. Como es natural, después del choque ocasionado por la inmensidad del emplazamiento de Teotihuacán, el de Tula me impresiona menos, pero mi admiración no es menor, principalmente ante los atlantes del templo de Tlahuizcalpantecuhtli, es decir, Quetzalcoatl en su avatar de Estrella Matutina, y no me doy punto de reposo en fotografiarlos por los cuatro costados. Más tarde comprobaré que la exposición de estas fotos (así como las de otros templos) está mal calculada, con un exceso de abertura del diafragma. Así son ellas, pálidas y desdibujadas, mientras que las demás son correctas por lo general. Nunca sabré si fue por no haber usado de las gafas para la lectura de la célula fotoeléctrica o por malevolencia de los dioses.

Durante la visita, innumerables niños y niñas acosan al viajero con figurillas de barro de precios caprichosos. El regateo se practica con ellos dentro de ciertos límites, porque cuando la oferta del cliente se sitúa por debajo de cierta suma que ellos saben, corren hacia su madre, sentada no muy lejos, le consultan el caso y regresan con la aceptación o con una nueva propuesta. Cada una de las indias se ha venido con toda la progenitura, filiales ambulantes de la firma madre. He hablado con algunos de estos niños y al preguntar en ocasiones sucesivas el nombre a tres chicas he obtenido la misma respuesta: «Me llamo Yolanda, ¿y usted?» No saco ninguna conclusión para no hacer como el viajero insular, que al desembarcar por primera vez en Calais y toparse con una muchacha de pelo bermejo inscribió en su librillo de memorias: «Las francesas son pelirrojas.»

Después de Tula vamos a Tepotzotlán, donde pensamos comer. Antes de hacerlo nos paseamos por el pueblo, donde vive el recuerdo de la colonia en casas, calles y plazas, no sin penetrar en el mercado y extasiarnos ante la diversidad de las frutas que se ofrecen a nuestras miradas, conocidas algunas, completamente ignoradas otras. Me fijo en los plátanos, algunos más pequeños que los que encontramos en Europa, enormes otros, que miden hasta cuarenta centímetros, gruesos en proporción y que, según me dicen, son los que se comen fritos.

Comemos en el Zócalo, en la terraza de uno de los restaurantes que allí se encuentran, una comida mejicana en la que se destaca el filete veracruzano: carne cortada en cachitos, enchiladas, fríjoles, arroz, todo ello picante como nunca, con lo que la cerveza se hace artículo de primerísima necesidad.

Tras la comida, nos basta con cruzar la plaza para penetrar en la Iglesia de los Jesuitas, que tuvieron aquí un importante noviciado.

El churrigueresco de la fachada y el barroquismo del interior alcanzan niveles de cumbre, los mismos que encontraré en Oaxaca y en Tasco, en las Iglesias de Santo Domingo y de Santa Prisca, respectivamente.

Tengo que confesar que, incondicional del románico, el barroquismo me suele dejar de piedra. La profusión, el retorcimiento, el relumbrón, no llegan a excitar mi sensibilidad

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

estética, sensibilidad intuitiva que no debe nada a la reflexión, a la capacidad o a la preparación.

Pero ante estos ejemplos mejicanos mi reacción acostumbrada no funciona. La acumulación, la exaltación exacerbada, la desmesura paroxística de lo barroco son tales, que me siento indefenso y mis prejuicios se paralizan. Asombrado y boquiabierto, capitulo, acepto y admiro.

Tras esto, la visita del Museo Nacional del Virreino, en el edificio contiguo, transcurre sin particularidad digna de mención y emprendemos el regreso a la capital.

Si no recuerdo mal, la cena consistió en una chispeante botella de agua mineral, una Peñafiel, por más señas.

Tras el festín me dirijo al teatro San Rafael para asistir a una representación teatral, por curiosidad, sin más indicaciones que los programas de los diarios. La obra tiene éxito, puesto que se representa desde hace meses y meses. Se trata de «El diluvio que viene» y resulta ser una comedia musical de autores italo-mejicanos, según creo. La acción se sitúa en un pueblecito donde el cura, joven y dinámico, capitanea las actividades de la juventud. Resentido contra la maldad de los hombres de hoy, Dios decide renovar lo del diluvio. El joven religioso será el nuevo Noé, con la gente del pueblo, destinada a sobrevivir. La cosa cae bien para la conservación de la especie, porque la hija del alcalde está enamorada del curita y éste no es insensible a los encantos de la muchacha. En el último momento Dios se apiada de los hombres, detiene las aguas, que ya estaban anegando la tierra, y todo vuelve a su primitivo cauce.

La música es agradable; la compañía, sin alcanzar niveles de virtuosismo vocal o coreográfico, es de un profesionalismo ampliamente satisfactorio; el dispositivo giratorio del escenario es ingenioso y nos transporta rápidamente a los diversos lugares de la acción, con un estupendo decorado bien concebido, una lluvia de billetes de banco (falsos, por supuesto) cae inesperadamente sobre los espectadores cuando la acción muestra la vanidad de las riquezas y una paloma blanca, animalito perfectamente integrado a los actores y que se sabe su papel a las mil maravillas, desciende desde el gallinero al escenario para simbolizar la paz de los elementos.

El espectáculo no es de los que nos emocionan o nos hacen reflexionar, pero salgo con la satisfacción del que ha pasado el rato agradablemente y me voy a dormir convencido del buen empleo de las largas horas de este día.

Viernes 1 de agosto

Hoy me siento poco inclinado a planear y a establecer horarios y decido seguir la inspiración del momento, que me conduce, por de pronto, al Palacio de Bellas Artes, en el corazón de la ciudad, edificio en que encuentro el mismo cuidado que en el Museo Antropológico: unos empleados están limpiando los cristales de la fachada y resulta evidente que su trabajo no es necesidad imperiosa, sino tarea rutinaria, repetida con satisfactoria periodicidad. El Teatro Nacional, que se encuentra en el Palacio, está cerrado, como es natural, pero la exposición de escultura de Zúñiga es interesantísima, con sus corpulentas indias de bronce, así como las salas de pintura moderna y, claro está, las gigantescas pinturas de Ribera, Siqueiros y Orozco, que completan los encuen-

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

tros, en el Palacio Nacional y en la UNAM, entre otros, que ya he tenido con esta forma del arte, tan mexicana y tan conocida.

Al salir de Bellas Artes decido visitar el metro. Muchos de los nuestros han hablado de él y me parece interesante.

Me informo de la estación más próxima y a ella encamino mis pasos. La entrada es la misma que por todas partes, la misma boca en la calle con las sempiternas escaleras. El interior ya es distinto, por la impresión de modernismo que se desprende de las amplias galerías, de los nobles materiales, de la técnica (francesa, si no recuerdo mal). Pero lo que me llama la atención son detalles típicos. Hay aquí la misma limpieza que he notado en los demás edificios públicos: ni polvo, ni papeles, ni colillas u otras suciedades. Las estaciones están representadas no sólo por su nombre, sino por un parlante símbolo gráfico. Acá y allá, piezas arqueológicas análogas a las que se admiran en los museos. Y aunque pudieran ser reproducciones, tengo la impresión de que son originales. La abundancia es suficiente para tanto.

Y, sobre todo, la muchedumbre, los viajeros. Confieso que no estamos en una de esas horas puntiagudas, como dicen, en que la masa trabajadora se transporta de un lugar a otro. Pero esta gente no es la que yo veía en París hace exactamente ocho días. Estos viajeros suben y bajan las escaleras, recorren las galerías, bifurcan a un lado o a otro, se aglomeran en los coches, sin prisas, charlando y riendo, como si se pasearan.

No he podido observar lo que me han contado algunas de nuestras compañeras de viaje, que también han querido conocer el metro de Méjico. Según ellas, cuando la afluencia es grande, los mejicanos de sexo masculino, de toda edad y condición, manifiestan espíritu de curiosidad y grandes aptitudes para la investigación en el dominio de lo que podríamos llamar antropología aplicada o, más exactamente, anatomía comparada: el conocimiento de los cuerpos exóticos les apasiona en grado sumo y la vocación exploratoria es tan general, que cada una de ellas se ha visto estudiada de cerca, con una aplicación unánime, ante la cual no cabe más que el «paciencia y barajar». Personalmente no he notado nada en este dominio. Pero, de todos modos, no pongo en duda las afirmaciones mencionadas, ya que yo me encontraba allí en un momento de poca afluencia. Por lo demás, los rasgos meridionales de mi figura me restan exotismo, las señoras eran ampliamente mayoritarias en el coche en que yo iba y ya se sabe que la mujer está menos capacitada que el hombre para la ciencia y la investigación, ¿no es verdad?

Como en el restaurante del Museo Antropológico, en donde cierta ensalada de frutas, servida en una gruesa piña partida en dos, es un verdadero monumento, no menos considerable que otros por lo efímero de su naturaleza. Las muchachas que sirven llevan bonitas túnicas blancas con flores, que les llegan hasta los pies, de inspiración autóctona. La atmósfera es más bien elegante y cosmopolita, con predominio gringo: el inglés y la coca-cola (u otros líquidos del mismo jaez) acompañan suculentos asados o guisados de carne y magníficos platos de pescado o de mariscos. Y puesto que estamos en el capítulo restauratorio, una palabra sobre el café, una de las producciones mejicanas que contribuyen al auge de la exportación; palabra que no puede ser más que de lamento y de desolación. Aquí «café», en restaurantes, cafeterías y demás establecimientos de comer o de beber, significa un tazón de un insípido cocimiento indefinible, de

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

color oscuro, que se llama «café americano», o una taza no menos indefinible que se llama «expreso», «café mejicano» u otra cosa, pero que, en todo caso, no tiene nada que ver con lo que se espera cuando el café representa uno de los pequeños deleites de la existencia cotidiana.

Durante la comida comienza la lluvia, repentina, violenta. Los comensales instalados en el césped, bajo grandes quitasoles, se precipitan al interior, donde los camareros y camareras se esfuerzan por encontrarles un hueco para seguir comiendo. Una estoica pareja permanece en su mesa y, aunque la lluvia les salpica la planta baja del cuerpo, la protección del quitasol les parece suficiente para seguir pensando que, en agosto, es al aire libre donde se vive mejor.

Como la lluvia ha cesado, voy a hacer la digestión al parque infantil de Chapultepec, entre la multitud de niños y niñas que se divierten con los juegos que les están reservados o con la contemplación de los animalitos del parque zoológico, de la misma edad que sus admiradores. En este parque rasalta el papel considerable de la infancia en la sociedad mejicana. Se mira a los niños con consideración, se les mima y cuida con esmero, se les protege. Esta es, al menos, la impresión que he podido sacar a lo largo del viaje, a través de observaciones, acaso minúsculas cada una de por sí, pero perfectamente convergentes. No he visto niños de aspecto profundamente miserable, maltratados y tristes, sino niños sanos, alegres, despejados, expansivos. Es posible que mi optimismo natural me haya impedido captar una realidad menos satisfactoria, pero el espectáculo de la infancia desdichada es demasiado trágico para pasar completamente desapercibido.

Sábado 2 de agosto

Salimos hoy para Jalapa en autobús, viaje de unos trescientos kilómetros de carretera frecuentemente empinada y sinuosa.

A poco de salir de Méjico empezamos una interminable ascensión por un paisaje de sierra, entre pinos y abetos, cuyo aspecto alpestre hace latir el corazón de algunos, que se sienten transportados milagrosamente a su verde y húmeda tierra natal helvética. También los españoles se sienten en casa, al enterarse de que nos encontramos en las vertientes de la Sierra Nevada. Cuando nos detenemos, por fin, en el Puerto del Aire, estamos a tres mil doscientos metros de altitud y podemos contemplar a nuestras anchas (y a nuestros pies) las vertiginosas profundidades de donde venimos. Al lado de la carretera, un establecimiento de comidas, puestos de frutas, de refrescos, de carnes asadas que, antes de asarse, ofrecen a la vista crudezas de carnicería de antes del plástico, de los metales cromados, de los frigoríficos y de la higiene.

Después de una subida que se ha subido, se suele encontrar en Méjico una bajada que se ha de bajar. Es lo que hace nuestro chófer, que tiene carácter acomodaticio, y ninguno de los viajeros plantea la menor objeción. Esta unanimidad nos permite llegar a Cholula, ciudad de «innumerables iglesias católicas construidas sobre templos indios», como dice Tim, el guía de nuestro autobús. Aquí visitamos rápidamente la pirámide que se halla en la colina donde se levanta el santuario de los Remedios, y sobre todo el túnel, que permite comprobar que la colina recubre una superposición de estructuras piramidales construidas a lo largo de los siglos una sobre otra. Las estrecheces del

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

lugar son tales, que uno se siente invadido por la claustrofobia. Tras esto, un corto trayecto en autobús nos lleva a Puebla, ochocientos cincuenta mil habitante según el GUIDE BLEU, pero Tim habla de un millón y afirma que se trata de la cuarta ciudad de la República. He hablado ya de la iglesia de Santo Domingo, otra joya del arte barroco que yo llamaría delirante. Es el punto capital de nuestra visita a Puebla, a paso de carga por razones horarias. Pero, con todo, no puedo dejar de mencionar el encanto indecible de las calles de esta ciudad animadísima, sobre todo en las que se reservan a los peatones. Hay allí una simpática muchedumbre multicolor y alegre de paseantes y de vendedores callejeros, llena de vida y de dinamismo. Las fachadas vestidas de azulejos, tan características, no se cuentan y el Zócalo es encantador, con su paz, sus palmeras, con los indios que ofrecen hamacas livianas de peso, de excelente calidad, por un precio razonable. Pero, apremiados por la hora y azuzados como un rebaño remolón por los tres guías de los tres autobuses en que viajamos, embarcamos dócilmente hacia el restaurante donde hemos de comer y de donde saldremos acto seguido. Personalmente lamento esta premura. Tengo la impresión de que me hubiera gustado deambular por las calles de esta ciudad para visitarla sin prisa y me alejo de ella con la insatisfacción de un deseo imposible. Puebla será para mí una fuente de nostalgia.

A las cuatro de la tarde, después de comer, cuando salimos, empieza la lluvia, que desdibuja el paisaje.

Por fin la lluvia cesa y algo después nos detenemos a orillas de una laguna de origen volcánico en que se reflejan las montañas vecinas. Por el lado opuesto hay una vasta llanada y en el horizonte se dibuja con nitidez la silueta del Orizaba, con la cumbre cubierta de nieve. Este volcán va a jugar al escondite con nosotros, con la complicidad de las nubes que lo envuelven y lo ocultan con frecuencia. A pesar de que vamos a pasar varios días cerca de él y de que viajaremos a proximidad repetidamente, las ocasiones de contemplarlo serán escasas.

Subidas y bajadas se suceden hasta Perote. En este pueblo oscuro y triste la abstracción épica se hace realidad prosaica, se materializa lo que sólo era un nombre: «Ya se van los carrancistas — ya se van para Perote — y no pueden caminar — por culpa de sus bigotes», dice la tan conocida versión villista de la Cucaracha.

De Perote a Jalapa no hay más que una bajada interminable y sinuosa, la lluvia cae con fuerza y una densa niebla envuelve el paisaje. La velocidad no pasa de los treinta kilómetros por hora y el tiempo se hace larguísimo. Al fin, caída ya la noche desde hace tiempo, entramos en una población grande y bien iluminada. Es Jalapa, capital del Estado de Veracruz y sede de su Universidad. Nos adentramos en un túnel urbano y a la salida nos encontramos a la puerta del hotel.

Desembarcar, instalarse, comer e ir a la cama se hace con el automatismo del cansancio natural después de esta larga jornada.

Domingo 3 de agosto

Jalapa no es una ciudad animada. A pesar del cansancio, anoche, al dar una vuelta por el centro en busca de un restaurante, búsqueda más larga de lo que se podría pensar, se podía notar una sorprendente ausencia de vida, de movimiento. Los cafés esta-

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

ban cerrados a las diez. Los febriles placeres del sábado, tan cacareados, no parecían suscitar mucho interés que digamos. Hasta tal punto que me dirigí a un guardia para informarme. ¿Habría algo extraordinario en la ciudad? ¿Nos hallábamos alejados del polo de atracción ciudadano? Pues no, era un sábado normal en el corazón de la ciudad. Para el guardia todo resultaba perfectamente ordinario: el sábado la gente está cansada de la semana y se va a dormir.

Esta mañana la impresión es la misma que anoche: poca vida en las calles. Lo que no se puede decir es que Jalapa sea silenciosa. Los escapes de coches, camiones y autobuses ponen en el aire sonoridades que, si resultan desagradables de día, de noche son odiosas para todos e insoportables para los que tienen ventanas que dan a la calle. Y eso que, al llegar, lo primero que leí fue un cartel tranquilizador que prohíbe los escapes, prohibición reiterada con insistencia. Y así cabe preguntarse si la inútil prohibición nació del abuso o si el abuso nace de la prohibición por el gusto de llevar la contraria.

Otra cosa que llama aquí la atención es la abundancia de zapaterías. No he echado la cuenta exacta, pero me parece que de cada diez comercios, cuatro o cinco por lo menos se dedican a la venta de calzado. Y uno se pregunta dónde, cómo y cuándo puede romper tantos zapatos como para justificar tal oferta gente tan casera, que parece salir tan poquísimo.

En esta mañana dominical el cielo sigue nublado, lo que acentúa la impresión de tristeza en las calles poco frecuentadas. Pero no tenemos ocasión de entregarnos a la melancolía porque el Congreso reanuda sus actividades estudiosas y hay una sesión de trabajo en la Universidad.

La hospitalidad para con nosotros es aquí cordial y efectiva. Un grupo de jóvenes estudiantes, vestidas todas de azul claro, vela por nuestra comodidad, y sus frecuentes apariciones en el salón de sesiones con café, refrescos y galletas nos reconfortan, pero, al mismo tiempo, introducen en la atención de los oyentes lamentables paréntesis de alumnos desaplicados.

Por la tarde nos han organizado la visita del Museo Arqueológico, rodeado por un bonito parque, cuyo césped ostenta algunas piezas interesantes de las que se exponen en el Museo. Lo sombrío de la atmósfera, junto con la lluvia que amaga, atenúan la esplendidez del cuadro. En el interior hay verdaderos tesoros en lo que se refiere a los vestigios olmecas. Hay, sobre todo, una serie de figurillas de barro exquisitamente deliciosas, las «caritas sonrientes». Son rostros femeninos, triangulares, gordezuelos, con una sonrisa indeciblemente alegre y maliciosa, que alza las comisuras de los labios y entreabre los ojos. En algunas, la puntita de una lengua burlona se asoma levemente. Yo aceptaría, sin protestar, la presencia de unas pocas de ellas en el despacho en que trabajo, en una vitrina que les reservaría exclusivamente, si me las dieran.

Más tarde, en una sala consagrada a las actividades teatrales de la Universidad, asistimos a una función. Se representa «La Virgen Loca», largo monólogo en que un personaje femenino, obsesionado por el anhelo de «conocer varón», como ella dice, ofrece una sucesión de accesos impresionantes de histeria. Sea cual fuere la opinión que el tema merece (algunas de nuestras compañeras se dicen indignadas en nombre del feminismo y otras encuentran el asunto sin interés), a mí me parece que la proeza escénica es extraordinaria. Tanto más cuanto que, con lo ingenuo y lo infelizote que soy, he tartado

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

muchísimo en descubrir que la magnífica actriz es un actor, a pesar de la rectilineidad de ciertas formas, que en el mundo femenino son menos tajantes, y de una voz más grave que la de las señoras que la tienen aguda (hoy en día menos numerosas que antaño, como se puede comprobar cuando se proyectan películas de los primeros tiempos del cine sonoro).

Lunes 4 de agosto

Otra vez está el cielo nublado y llueve de vez en cuando.

Esta mañana, en la Universidad, la presentación de los conferenciantes corre a cargo de una universitaria joven que me sorprende por su rostro. Se parece a las «caritas sonrientes» del Museo, su sonrisa es la misma y, sin embargo, no hay en ella el menor rasgo indio, es enteramente de tipo europeo. La diferencia esencial, sin embargo, es que a esta señora nadie tendría la ocurrencia de instalarla en una vitrina.

Entre los conferenciantes que hemos tenido el gusto de escuchar hemos notado la presencia de los que no son mejicanos, sino colombianos, bolivianos o salvadoreños que ocupan cátedras en las universidades mejicanas. ¿Fraternidad hispanoamericana, hospitalidad mejicana o internacionalismo universitario?

Al final de la sesión de trabajo que clausura el Congreso nos ofrecen un brindis con vinos mejicanos y abundantes «canapés», esos galicismos que se comen. Es una buena ocasión para encontrarnos todos juntos y para charlar largo y tendido con nuestros huéspedes jalapeños, universitarios confirmados o novicios, juntos en amable confusión sin protocolo.

Por la tarde asistimos a la proyección de una película producida bajo el patrocinio de la Universidad de Veracruz, «La viuda de Montiel», rodada por el chileno Miguel Littin, con Geraldine Chaplin en el papel principal. En ella se evocan los negocios sucios de los agentes de una dictadura militar y de sus paniaguados a través de un guión de García Márquez o inspirado en García Márquez.

En el otoño francés, esta película se estrenará en París, después de obtener el galardón supremo del Festival de Cine Ibérico e Iberoamericano, celebrado en Biarritz.

A pesar de las bellezas formales de la película, a mí me parece que traducir en imágenes cinematográficas el mundo de García Márquez es empresa delicada, y no creo que el logro sea en este caso perfecto.

Ya se sabe que en Méjico los turistas suelen ser víctimas de la venganza de Moctezuma, más molesta que cruel, puesto que se manifiesta por un engorroso desarreglo intestinal. Hasta aquí, en el hotel nos facilitaban botellas precintadas de agua depurada para el lavado de dientes, por ejemplo. En Jalapa, al lado de los grifos de agua fría y caliente del lavabo, hay otro, lateral y más pequeño, de donde mana agua purificada. Yo me he dedicado obsesivamente a evitar todo contacto interior con otro tipo de agua (excepto la mineral), y no sólo esto, sino que cada vez he añadido, a cada botella o a cada vaso que he utilizado, un comprimido purificador que me he traído de Francia en cantidad, o unas gotas similares adquiridas en Méjico. No se limitan a esto mis precauciones médico-higiénicas. Se habla tanto de los peligros sanitarios de estos países exó-

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

ticos que, antes de salir, mi médico me obligó a vacunarme contra el cólera. Y cada día me trago un amargo comprimido antipalúdico. Tengo además en la maleta todo un surtido de medicamentos de primera urgencia en previsión de cierto número de eventualidades siniestras. Gracias a ello (o tal vez a pesar de todo) el viaje transcurrirá para mí sin el menor percance, salvo una ínfima indigestión, el antepenúltimo día, por un arrebato tragón del que me dejó llevar, sin consecuencias mayores. Al día siguiente estaba como si tal cosa. Pues bien, aquí, en Jalapa, en el día de hoy no se habla más que de la fuerte proporción de enfermos de la tripita que existe entre nosotros, y la verdad es que algunos y algunas tienen cara de pocos amigos, aunque su cordialidad y cortesía no se hayan alterado en lo más mínimo.

Martes 5 de agosto

Salimos de Jalapa para Veracruz a las diez y pico. El trayecto es corto y tenemos tiempo por delante. Antes de salir, de los jardines del hotel hemos podido contemplar el Orizaba en el lejano horizonte, lo que significa que de momento el tiempo es mejor que los días anteriores.

Poco después de la salida nos detenemos para contemplar los cafetales, al borde de la carretera. Son arbolillos tupidos cuyas hojas tienen un color verde intenso. En este momento están cubiertos de granos verdes que se cogerán en noviembre. En algunos se ven unas pocas flores blancas, pequeñas, de olor deliciosamente finísimo que hacen pensar en el azahar. Lástima de tanta riqueza que se utiliza tan mal aquí, por lo que se refiere a las satisfacciones del paladar.

Con la salida tardía y la parada nos estamos retrasando, ya que en Veracruz tenemos cita en el Cabildo Municipal, que ha de recibirnos solemnemente. Así, sin más dilación, seguimos el viaje hasta el mismísimo Zócalo, donde se encuentra el edificio municipal. Como la temperatura es elevada, llegamos acalorados y sudorosos en esta atmósfera húmeda, sobre todo para nosotros, que descendemos de alturas más templadas, pero tal como estamos, sin cambiarnos ni nada, nos introducen en el salón de sesiones. El alcalde de Veracruz, que preside el acto, es un hombre joven, de treinta y cuatro años, la edad mínima que se requiere para tal cargo. Se dirige a nosotros en tono cordial y sinceramente emocionado al acoger en su ciudad a los representantes de una Europa hermanada con la cultura hispana, de la que él es hijo. Cuando termina su discurso entrega a nuestro presidente un diploma, en que se nos declara a todos nosotros «Huéspedes Distinguidos» de Veracruz. Me parece que a pesar de lo protocolario del asunto, mera manifestación de cortesía, nos sentimos complacidos por la distinción. Es verdad que representamos algo que no tiene nada que ver con nuestras modestas personas.

Al salir del Cabildo podemos apreciar el encanto de esta ciudad con menos premura que al llegar. Como tantas otras, tiene calles que se cruzan perpendicularmente, de casas bajas, en cuyas fachadas domina la blancura deslumbradora de las tierras meridionales, todavía más sensible en esta cálida atmósfera tropical. La gente deambula apaciblemente o se halla instalada en las terrazas de los numerosos cafés, conversando o refrescándose al son de una de las varias orquestas típicas que tocan al aire libre uno de los aires endiablados del folklore regional.

El hotel en que paramos se encuentra en el puerto. Desde la habitación se dominan

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

las instalaciones portuarias, los barcos atracados, los muelles, el faro Venustiano Carranza, dependencia militar, que se encuentra a mis pies. A lo lejos, el horizonte marino. En el techo, un ventilador de aspas enormes se encarga de refrescar el aire. Es pintoresco, anticuado, eficaz, pero ruidoso en demasía, sobre todo cuando se le da toda la marcha, con velocidades de hélice de avión.

A media tarde nos dirigimos al Museo, que visitamos con interés. Allí oímos una conferencia sobre la región, que pronuncia un arquitecto español. Profesa la Historia del Arte en la Universidad.

Mientras tanto, la acostumbrada lluvia ha hecho su aparición. Sólo amaina después de salir hacia el Zócalo, donde nos espera un espectáculo folklórico de baile organizado en honor nuestro. De momento, se nos ha aguado la fiesta. Pero la situación va mejorando. Los menos preservados se acomodan en los balcones del Ayuntamiento, donde se halla también la Banda Municipal, en posición dominante. Los que llevamos impermeables a toda prueba nos sentamos en las mojadas sillas, frente al estrado. Los paseantes autóctonos se instalan con nosotros, y los que no hallan acomodo se quedan de pie, detrás de las sillas. A través de los altavoces, un locutor nos presenta y va haciendo tiempo. Por fin empieza la primera parte, una exhibición de danzón, a cargo de varias parejas en mangas de camisa y traje de calle. Es gente bastante madura, entre la que destaca un hombre de estatura regular, cuyo peso debe situarse muy por encima de los cien kilos, tripudo y de caderas enormes. Hay también un negro canoso con gafas y otros que no recuerdo. Según veo, el danzón es un baile sosegado, que se ejecuta con mucha calma y algunos meneos coquetones. A pesar de las ponderaciones del locutor, me parece una actividad de buen padre de familia y no debo captar las sutilidades de la cosa, porque tengo la convicción de que la mayoría de nosotros haríamos buen papel al lado de estos campeones nacionales. La Banda Municipal está a la altura de los bailarines, ni más ni menos. Cuando se termina esta primera parte me siento divertidamente decepcionado.

En la segunda se trata de muchachos y muchachas jóvenes de verdad, de quince a dieciocho años todo lo más. Llevan ellos el mismo traje blanco y ellas el mismo vestido típico. Una orquesta veracruzana (marimba y arpa esencialmente) los acompaña con acierto. Ejecutan una serie de bailes de ritmo diabólico, en los que predominan los zapateados más desenfrenados, con gracia, precisión y maestría de profesionales. La música no les anda a la zaga. El entusiasmo del público recompensa la excelencia de la actuación. Creo que todos desearíamos que se prosiguiera mucho más tiempo.

Todavía nos queda por asistir a la recepción que nos ofrecen en los magníficos locales del Casino Español, donde las grandes mesas cubiertas de suculencias fiambres resisten valientemente a los asaltos repetidos de los invitados, que no se alejan, después de abrir brecha, sino para vaciar el plato antes de volverlo a llenar. Por último, la victoria se declara en favor de los asaltantes, pasablemente maltrechos por el esfuerzo. Pero todavía quedan ánimos para proseguir conversando cordialmente con unos y con otros.

Hay que notar que el «deus ex machina» de esta calurosa acogida veracruzana fue el cónsul de España, que se ha tomado un interés excepcional en nuestra venida.

Cuando, ya tarde, se termina la recepción y queremos salir, nos encontramos con un verdadero diluvio que anega las calles. Como no tengo ganas de quedarme indefinida-

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

mente en este vestíbulo y encontrar un taxi en este momento, con lo numerosos que somos, es una verdadera utopía, me fío de mi impermeable y me zambullo audazmente en las aguas celestes y terrestres. A los pocos pasos mi calzado se ha transformado en esponjas, el pantalón está empapado desde los muslos hasta los pies, el agua se desliza por los menores intersticios y me cosquillea la piel. Me he puesto como una sopa, pero no me queda más solución que continuar rápido para llegar a cambiarme lo antes posible. Esta sensación de mojadura cálida por todo el cuerpo es de las más desagradables. No tengo más remedio que descalzarme y chapotear en el agua que invade la calzada bajo la mirada socarrona de la gente que desde los cafés contempla al fantasmón insólito que desafía los elementos. Cuando por fin me desnudo para ducharme, esta vez voluntariamente, queda en el suelo un montón de ropa chorreante, como si acabara de pescarla en las aguas del puerto que contemplo a mis pies a través de la ventana.

Miércoles 6 de agosto

Al despertarme compruebo con satisfacción que la ropa se ha secado perfectamente durante la noche. Bien es verdad que la había dispuesto cuidadosamente bajo las aspas del ventilador lanzado a toda velocidad. A pesar del ruido más que indiscreto, he dormido como un lirón.

Tenemos que salir relativamente temprano y en el comedor nos sirven el desayuno con métodos industriales, por turno riguroso, una mesa tras otra y sin preocuparse de las preferencias de cada uno. No nos quieren retrasar en lo más mínimo.

En eso estamos cuando al pie del balcón del comedor, que da a la plaza donde se alza el faro Venustiano Carranza, custodiado por la Marina, frente a una maciza estatua de bronce del caudillo barbudo, se produce cierto revuelo. Un destacamento de marineros, entre los que se hallan nueve marineras, vestidos de blanco, con camisa de mangas cortas y el curioso gorrito estadounidense, acaba de llegar precedido de una banda de música y forma al pie del asta de la bandera, que de momento se muestra desnuda. Del edificio van saliendo oficiales en actitud de espera que se prolonga, hasta el momento en que aparece uno que debe de ser un pez gordo en la jerarquía a juzgar por la actitud de los demás. Después de una serie de gritos de mando, que provoca en los marineros las reacciones adecuadas, éstos permanecen rígidos y respetuosos mientras se iza la bandera con toda solemnidad. Los oficiales regresan al edificio y el destacamento desfila, dando una vuelta por la plaza y alejándose por la avenida de donde ha llegado, al son de la banda, que ejecuta marchas marciales. Mi sorpresa no es poca cuando compruebo que lo que están tocando me es perfectamente conocido: «Sambre et Meuse» para empezar y «En passant par la Lorraine» después. Verdad es que, en tiempos inmemoriales, yo he visto desfilar muchísimas veces un regimiento español electrizado por las notas vibrantes de «La Madelón». En los Ejércitos deben imperar dos escuelas: la germánica, de inspiración prusiana, y la latina, de inspiración francesa. Aquí, por lo visto, lo que impera es la latinidad napoleónica con ribetes de batalla del Marne.

Hoy nos dirigimos a Oaxaca bajo un cielo bastante nuboso. La carretera sube vertiginosamente, a través de un paisaje de denso arbolado, desde el nivel cero, a orillas del mar, hasta dos mil ochocientos metros. Después penetramos en el altiplano, con extensos cultivos de maíz, frijoles y caña de azúcar. El viaje es largo, pero, una vez más, la contemplación de paisajes tan diversos es una distracción apasionante.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

El sol brilla cuando llegamos a Tehuacán, donde se produce el agua mineral que me han propuesto en todas partes y que se consume en todo el país, una especie de Vichy mejicano. En esta ciudad veraniega no haremos más que comer y pasar, después de llenar el depósito de gasolina a dos pesos ochenta el litro, es decir, unos sesenta céntimos franceses, casi seis veces menos de lo que cuesta en Francia. No he hablado de las carreteras mejicanas. Sin querer generalizar, se puede decir, por lo menos, que no son malas. Hay aquí autopistas como en todas partes, pero hay también un tipo de carretera especial, la de cuota o súper, paralela a una carratera libre, pero en la que se paga peaje. Si lo he entendido bien, las de cuota son carreteras federales nuevas que vienen a reforzar la red ya existente. Las indicaciones de tráfico son las que conocemos. Lo que cambia es la interpretación: una línea continua, pongo por ejemplo, es, según veo, para la mayoría de conductores, tanto de coches particulares como de autobuses o de enormes camiones, una sugestión amistosa, una invitación tímida a no pasar al que precede. Pocos son los que la aceptan. Para nosotros, con otras costumbres, es realmente espeluznante.

También se encuentran paneles de carácter didáctico en que se recuerdan los principios fundamentales del tráfico: encender las luces por la noche, no deslumbrar al que llega en sentido contrario... A pesar de tanta fantasía no hemos observado, a lo largo de nuestro periplo, traza alguna de accidente. Hay que decir que, lejos de las ciudades, la circulación automóvil no es siempre de las más intensas.

El sol se ha ocultado de nuevo. Rodamos por el valle del Río Grande del Sur, que cruzamos repetidas veces por otros tantos puentes, según los meandros de la carretera, y a poco empezamos a subir, con lo que la vista grandiosa del valle y de las sierras que lo rodean se va ampliando a medida que nos elevamos y lo dominamos más y más.

La lluvia cotidiana hace su aparición violenta. Con ella y con la oscuridad de la noche llegamos a Oaxaca y nos instalamos en el hotel, construido en una colina, al exterior de la ciudad que se extiende a sus pies. Este hotel, tranquilo y silencioso, está constituido por varios cuerpos de edificio diseminados en un soberbio parque. Es el mejor de los que hemos encontrado hasta ahora.

Jueves 7 de agosto

Salimos a Monte Albán bajo un sol esplendoroso y un cielo añil por el que vogan magníficas nubes grises de gran efecto decorativo, sobre todo desde el punto de vista fotográfico.

Monte Albán es la inmensidad de las explanadas de Teotihuacán en lo alto de un cerro nivelado por el esfuerzo del hombre, las herráticas construcciones ceremoniales, las tumbas desperdigadas en una superficie de más de cuarenta kilómetros cuadrados.

En esta mañana radiante, Monte Albán es también una extraordinaria, una inolvidable visión de sierras y de valles en la redondez de los cuatro puntos cardinales, uno de esos momentos de plenitud espiritual que nos exaltan y nos iluminan.

Terminada la visita, bajamos a Oaxaca, donde contemplamos las magnificencias barrocas de la iglesia de los dominicos y, en el vecino Museo, los tesoros funerarios de

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

Monte Albán, cuyas extraordinarias joyas hacen brillar los ojos del elemento femenino de nuestro grupo.

A la salida nos dispersamos por la ciudad. Para la mayoría el Zócalo es el polo de atracción. Hay aquí una muchedumbre abigarrada de gente que pasa y de gente que la mira pasar desde los bancos de la plaza o desde las terrazas de cafés y restaurantes. Entre la gente que pasa, una pareja de indias jóvenes, de algún pueblecillo de la sierra, con un tocado que les sienta estupendamente. Forma como un turbante y los dos cabos caen sobre los hombros y forman como un rebozo. Resulta elegantísimo. Están vendiendo no sé qué y van de un lado a otro con mucha vivacidad. Durante largo rato mis esfuerzos discretos por fotografiarlas van a ser inútiles.

Menos dificultades presenta un cuadro inesperado que descubro en el momento de alejarme. En los árboles de la plaza viven unas ardillas idénticas a las que conocemos en Europa, salvo por el pelaje, que es aquí más diverso. Estos animalitos están perfectamente familiarizados con el hombre y, sobre todo, con los niños, y bajan por los troncos con la mayor confianza para tomar cacahuetes y otras golosinas de las manos de sus admiradores. Lo único que dificulta la tarea del fotógrafo es el dinamismo del modelo, que no conoce un instante de reposo.

Me cruzo entonces con unos amigos que proyectan una excursión en taxi a Mitla y me ofrecen ir con ellos. Es un trayecto de cuarenta kilómetros y no requiere mucho tiempo.

De paso por Santa María del Tule nos detenemos a contemplar la curiosidad del lugar, un árbol gigantesco, de cuarenta y dos metros de perímetro, de quinientas noventa toneladas de peso, cuya edad se calcula en dos milenarios.

En Mitla visitamos la zona arqueológica, en donde destacan los muros decorados con motivos geométricos en relieve, pequeñas piedras talladas y ajustadas con gran precisión y mucha diversidad en las combinaciones. Hormiguean los indios vendedores, que se expresan en un español difícil, pero al adivinar en nosotros alguna nota francesa, saben pedir «cuatro veinte pesos» por tal o cual chuchería.

Antes de regresar entramos en una de las muchas tiendas en que se vende el mezcal y el tequila que aquí se fabrican, y después de catar esto y aquello nos llevamos unas botellas, que cruzarán el Atlántico si Dios quiere.

Viernes 8 de agosto

Abandonamos los hermosos jardines del hotel en dirección del aeropuerto. Vamos primero a Méjico para seguir a Villahermosa. La espera es más larga de lo previsto, como siempre, y está muy avanzada la mañana cuando despegamos para un primer vuelo de unos cuarenta y cinco minutos, que permite divisar el paisaje multicolor y multiforme a través de las nubes, hasta el momento en que se hacen demasiado densas. Y entonces, por sorpresa, poco antes de la llegada, puedo divisar a la derecha del avión, elevándose a más altura que éste, una vertiginosa vertiente nevada que emerge entre las nubes. Es la primera y única aparición del Popocatepetl, que ha de permanecer invisible durante toda nuestra estancia.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

Son las once y media cuando nos posamos en Méjico, pero, cansados e indecisos, no sabremos utilizar el tiempo que tenemos por delante, tanto más cuanto que la hora de salida es imprecisa. Así empieza un largo vagabundeo por el aeropuerto, que ha de durar hasta algo después de las cuatro de la tarde. Salimos entonces hacia Villahermosa, donde llegaremos en unos tres cuartos de hora. Cuando nos aproximamos podemos divisar en el suelo una densa vegetación, en donde se muestran innumerables espejos acuáticos, pantanos o lagunas, que prometen nubarrones de esos feroces mosquitos de que tanto nos han hablado.

Al desembarcar bajo el sol, que declina, nos asalta una penosa sensación ahogante, un calorazo propio de climas que no nos son familiares.

Sábado 9 de agosto

Después de una noche de sueño reparador, salimos a las nueve hacia Palenque, a ciento cincuenta kilómetros de Villahermosa. El calor no ha disminuido, pero con la velocidad y las ventanillas abiertas la atmósfera del autobús es soportable. La carretera es una interminable línea recta, bordeada por una vegetación en la que la selva baja alterna con los pastos. Abundan las reses, en las que predomina la joroba del cebú, importado de la India para robustecer la raza bovina confrontada con el trópico. En los pastos, a lo largo de la carretera, a la puerta de ranchitos y pulquerías, jinetes con lazo y sombrero hacen pensar en las películas del Oeste. Son los mismos vaqueros, sin revólver ni carabina. El caballo es el medio de transporte de estos campesinos, que viven esencialmente de la ganadería. Vacas, caballos y jinetes emergen sólo a medias de esta hierba lozana, de verde intenso, densa y altísima en esta estación de lluvias. En el cielo, los zopilotes vigilantes vuelan perezosamente. De vez en cuando, posados en un árbol muerto, se presentan en impresionante racimo. Aquí estos buitres, funcionarios de la limpieza rural, están muy bien vistos.

En una encrucijada, un destacamento militar con las armas a punto; la frontera de Guatemala queda relativamente cerca y, según dice el guía, se vigila mucho el posible tráfico de armas y de droga.

Las ruinas de Palenque se distinguen ante todo por el paisaje en que se alzan. El relieve natural está aquí más presente, más intacto que en Monte Albán. La selva virgen rodea estrechamente la zona arqueológica y parece siempre a punto de invadirla y apresarla. La visita se hace en este aire recalentado y húmedo, en que se respira mal y se suda a mares. Por lo menos yo. En poco tiempo la camisa ligera que me he puesto está tan empapada como al salir de un lavadero. No me queda más recurso que quitármela y esperar el regreso para sacarla por la ventanilla y dejarla flotar al aire. Con la velocidad el procedimiento, amén de lo pintoresco del empavesado, resulta sumamente eficaz.

Aquí hago uso por primera vez del agua de colonia contra los mosquitos que me han vendido en una farmacia de Francia. Estoy tan convencido de que me van a devorar vivo y crudo, que no dejo un centímetro de mi cuerpo visible sin locionarlo concienzudamente. Con lo finita que tengo la piel y con lo que les gusto yo a todas esas bestezuelas, animalillos y bichos que se nutren de carne y de sangre humanas, me siento expuesto al peligro en primera línea. El resultado es que salgo de la aventura sin una

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

picadura ni un mordisquito y mi fe en el contenido del frasco dudosamente perfumado se hace inquebrantable.

Comemos en un restaurante a orillas de un ameno río, en que algunos se bañan, bajo una magnífica techumbre de palmas y de bambúes sólidamente atados con fibras vegetales, cuya disposición es habilísima y es, sin duda alguna, la de las chozas de los indios.

De regreso a Villahermosa trabamos conocimiento con unos jóvenes mejicanos y nos enteramos de que mañana se celebra una charreada, especie de rodeo a la mejicana. Al separarnos cordialmente prometemos encontrarnos mañana en la fiesta charra.

Domingo 10 de agosto

Esta mañana brilla el sol sin restricciones y las flores exóticas de parques y avenidas ostentan sus colores más vivos.

La visita del parque de la Venta, próximo al hotel, es un momento de relajamiento agradable después del baño en las aguas cálidas y límpidas de la alberca (piscina es aquí una palabra que no se emplea), poco concurrida en las horas tempranas.

Hay en el parque, con otros vestigios, varias de las colosales cabezas características de la cultura olmeca. Hemos perdido al guía y nos paseamos perezosamente, según nuestra fantasía, hasta la hora en que ha de empezar el rodeo en el «lienzo charro», que queda cerca. Es un hemiciclo prolongado por un vasto espacio rectangular, con graderío de madera protegido por una techumbre ligera. El espectáculo empieza con muchísimo retraso. Dominio del caballo, coleo de becerros y manejo del lazo se van sucediendo, presentados por un locutor y puntuados por varios jueces. Se trata de un deporte de aficionados urbanos, médicos, ingenieros, abogados, nostálgicos de la vida rural, y no la exhibición de profesionales de la doma o de la ganadería. Los preparativos, los conciliábulos y los tiempos muertos son demasiado largos para nosotros, que nos cansamos pronto y nos sentimos invadidos por el aburrimiento y la decepción. Con otro ritmo esto hubiera podido ser interesante.

Tenemos que comer y prepararnos para salir al aeropuerto, a donde llegamos a eso de las tres de la tarde. El avión que tenemos que tomar no aparece y la espera se prolonga hasta las siete, hora en que embarcamos para Mérida. Cuando llegamos y terminamos de instalarnos ya son las nueve.

Lunes 11 de agosto

Mérida es blancura colonial y calor húmedo. Las calles son un tablero de ajedrez y están numeradas en vez de llevar un nombre.

Por estas calles y plazas los viandantes presentan gran variedad étnica, con abundancia de tipos asiáticos de Asia, principalmente chinos, pero también con indios yucatecas, cuyo rostro y perfil es el de los bajorrelieves mayas. En esta mañana de descanso este espectáculo humano es de lo más apasionante y dedico largo tiempo a observar a la gente que deambula o a los innumerables ociosos, todos de sexo masculino,

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

que se pasan la mañana sentados en los bancos y sillas del Zócalo. De vez en cuando, en la muchedumbre que pasa, una india con el vestido tradicional que llevan todas aquí: una larga camisa blanca que baja hasta media pantorrilla, el fustán y, por encima, el huipil, una túnica también blanca, algo más corta que el fustán y adornada con flores bordadas en torno al cuello y en lo bajo de la falda. Por lo general, ambas prendas, de una blancura sin reproche, deben lavarse y mudarse con la frecuencia deseable.

Después de comer salimos en autobús para una excursión de unos cien kilómetros que nos ha de llevar a Uxmal y a Kabah.

Ahora me siento más familiarizado con los fabulosos tesoros arqueológicos de esta tierra. La sorpresa se atenúa. Esto no quiere decir que la admiración sea menor que al principio, pero me parece que se hace comparativa, más selectiva. En todo caso, tengo la impresión de que la riqueza decorativa y la grandiosidad de Uxmal nos impresiona a todos.

Ahora se manifiesta entre nosotros el espíritu de competición deportiva: hay los que suben y los que se abstienen. Yo me enorgullezco de subir a la gran pirámide del Adivino, a pesar de su vertiginosa escalera, con ayuda de la gruesa cadena de hierro posada en los escalones; ayuda no despreciable, que permite socorrer a las piernas con el esfuerzo de los brazos. Y no sólo me enorgullezco, sino que miro con condescendencia a los que renuncian a la proeza. La recompensa es inmediata: desde lo alto de la pirámide se descubre una vasta inmensidad uniforme de vegetación densa y baja, un interminable «maquis» que se prolonga sin duda hasta el mar.

De nuevo el calor nos atormenta y el sudor corre a chorros. Esta vez me he locionado piernas y muslos con mi infalible producto, pero he omitido hacerlo en brazos y torso, diciéndome que siempre habrá tiempo para ello cuando me empiecen a atacar. A poco se manifiestan los mosquitos con feroces picaduras en las piernas. No son los únicos: a grandes manotazos consigo aplastar algunos tábanos que me taladran los muslos. Mi gimnasia se prolonga a lo largo de la visita para alejar a mis verdugos. Lo curioso del caso es que ninguno de ellos se interesa por las zonas exentas de loción; ni una picadura en brazos y torso. Así mi famosa colonia repelente es en realidad una apetitosa salsa, que realza el sabor de mi piel y de mi sangre. Como se sabe, sobre gustos no hay nada escrito. Lo que repele a los insectos franceses es un incentivo para los mosquitos de Méjico. Si en Palenque me libré de ellos es porque andarían distraídos. O porque no había.

Después de la visita y de la comida en un restaurante próximo de la zona, regresamos a ésta para asistir al espectáculo de luz y sonido, que empieza al anochecer. Hay dos sesiones, la primera en español, a veinticinco pesos, y la segunda en inglés, a cincuenta. Eso prueba que los anglosajones son gente rica, o tal vez que la traducción anda ahora por las nubes con eso de la inflación. Bajo las varias combinaciones de luz y de color, los monumentos cobran extraordinario relieve y el espectáculo vale la pena. Para mí la parte sonora, poético-musical, se sitúa en el dominio del cuento legendario y me parece más discutible.

El hotel en que estamos alojados, el hotel Mérida Misión, pertenece a una curiosa cadena hotelera en pleno auge en estas regiones.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

Son cómodos hoteles turísticos, con todo lo que caracteriza la especie, pero en todos ellos se encuentra además, en la mesilla de noche, un ejemplar de la Biblia, puesto en evidencia para la edificación de los viajeros, que pueden encontrar en la lectura alivio a los insomnios. Un folleto explicativo precisa que la creación de la cadena surgió del encuentro de dos caballeros estadounidenses, fervientes viajeros e incansables cristianos, los cuales decidieron la fundación de una secta o cofradía (los Macabeos, si no recuerdo mal), cuya finalidad sería la de velar sobre los viajeros en lo material y en lo espiritual, promoviendo estos hoteles en que la afición por los negocios va unida al afán evangelizador. A mi entender, la afición supera con mucho al afán, pero tal vez me equivoque. Nuestra visión europea debe resultar muy deformante en estos dominios.

Es en este evangélico albergue en donde me sucede una pequeña aventura. La habitación que ocupo está en lo más alto de uno de los dos cuerpos del edificio. Desde la ventana, a la derecha, torciendo un tanto la cabeza, la vista se zambulle en el lindo patio donde se halla la alberca y se pueden contemplar las evoluciones acuáticas de los apacibles nadadores, cuando los hay. Enfrente, el segundo cuerpo de edificio, más bajo que el primero, ofrece la vista de una terraza coronada por almenas de fantasía, de una blancura deslumbradora, en lo alto del muro no menos blanco.

He dejado a los amigos en el vestíbulo planeando la cena y el paseo que va a seguir. Sudoroso y acalorado, me he subido para tomar una ducha y mudar la camisa. ¡Qué bien me siento en el atuendo de la lombriz que sale de su agujero para estirar las piernas, arropado en mi inocencia innata, como Adán antes del tropezón que le ha dado tanta fama! Con las cortinas sin correr, ando zascandileando, con la sola preocupación de decidir si me conviene más esta camisa que esa otra, cuando mi mirada atraviesa las tinieblas y se posa en las almenas de enfrente. Algo se ha movido por allá. Pronto adivino la silueta de un vigía que se disimula. Dada mi posición dominante, es cosa segura que no me observa a mí, sino que, más abajo de donde yo estoy, le apasiona la vista de alguna personalidad con más relieves que la mía. Probablemente no soy el único duchista (bañista es el que se toma un baño, ¿no es cierto?) con las cortinas sin correr. Nunca podré saber qué espectáculo contemplaba la silueta embebecida en edénicas visiones ni la identidad de la agraciada (o las agraciadas). Por su parte, ésta (o éstas) se verá frustrada para siempre del halago que representa un homenaje tan silencioso y discreto, o al menos de la indignación que nace de un pudor ofendido, cuando se atenta a él sin la debida autorización previa.

Martes 12 de agosto

Hoy tenemos un día de descanso completo en Mérida y cada uno se va por su lado a pasear, vagabundear, mirar escaparates, comprar curiosidades y regalos para los que se quedaron en Europa, cazar con la máquina fotográfica escenas callejeras o vistas pintorescas, refrescarse en los cafés y demás actividades que se pueden imaginar fácilmente. Como no siento la necesidad de singularizarme en lo más mínimo, hago como los demás y el día transcurre sin darme cuenta.

Cuando cae la tarde caemos nosotros en la cuenta de que hay aquí unas calesas que deambulan lentamente, con racimos de turistas, y que ésta puede ser una manera como otra de completar la visita de la ciudad. Conseguir una calesa cuando uno se

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

pasea a pie, sin la menor intención de utilizar tal medio de transporte, parece la cosa más sencilla que se puede imaginar, pero cuando uno se decide a emprender dicho paseo las cosas se complican singularmente. Todos los coches que pasan entonces están ocupados. Y cuando uno observa que hay un puesto en donde empiezan y acaban todos los recorridos y donde hay que embarcar obligatoriamente, se encuentra con montones de gente que han tenido la misma idea en el mismo momento y que esperan impacientes para tomar al asalto el primer vehículo que se presente.

Por fin, después de mucho esperar, me encuentro encaramado en un banco duro y estrecho, sentado de perfil para permitir la presencia de los que me acompañan, en una viejísima calesa, conducida por un cochero muy viejo, tirada por un lento caballejo con semblante de tristísima resignación, tan viejo como el cochero y la calesa. Mientras tanto voy pensando que calesa, cochero, caballo y ocupantes, entre los que me encuentro yo, tenemos la misma pinta y ofrecemos al viandante el mismo espectáculo que he contemplado tantas veces, acá y allá, con una sonrisa entre condescendiente y socarrona. Aquí uno no se pasea, sino que lo pasean a uno, imagen santa o curiosidad de feria.

Desde estas alturas las calles numeradas y los escaparates baladíes no ganan nada en interés. Felizmente el recorrido invariable pasa por una anchurosa avenida moderna, de lujosos establecimientos y señoriales mansiones, donde hacemos alto ante una estupenda fuente, el Monumento de la Patria, adornado con estatuas alegóricas del Indio, y del Aguila, y la Serpiente, rodeado por un friso de bajorrelieves en que se evocan los episodios y las grandes figuras de la historia de Méjico. Es una muestra de lo que los mejicanos saben hacer, y muy bien, en el dominio del arte contemporáneo.

Miércoles 13 de agosto

Hoy tenemos un programa consistente. Nos vamos a Cancún, pero en el camino hemos de visitar Chichén Itzá. El cielo está gris y con ello el paisaje toma un tinte melancólico, poco en armonía con lo que se imagina cuando se piensa en las tierras tropicales. La selva que orilla la carretera es baja y no tiene nada de amazónico. Por lo demás, el cultivo ha abierto grandes claros y con frecuencia la naturaleza libre se aleja y desaparece ante la tierra domesticada y sometida a las necesidades del hombre. De vez en cuando grandes campos de henequén recuerdan que el sisal es una de las grandes producciones de la región, venida hoy a menos con la aparición de las fibras artificiales. A poco de salir nos detenemos en una fábrica, en donde asistimos a todo el proceso que transforma, a través de una serie de operaciones en cadena, las pencas del henequén en enormes pacas de fibra. En una dependencia se exponen y se venden a los visitantes redecillas, bolsos, tapetes, cestas y otros objetos fabricados con el sisal que acabamos de ver elaborar.

El guía nos dice que esta región de Yucatán ha planteado serios problemas a Méjico con su acusado particularismo. En el siglo XIX una guerra india de más de cincuenta años ha visto la ocupación repetida y la destrucción de ciudades como Valladolid, por parte de los insurrectos, y ha exigido grandes esfuerzos del poder federal. Los mejicanos subrayan con ironía este particularismo hablando de la «República hermana de Yucatán», y el Gobierno, para evitar tentaciones secesionistas, ha dividido el territorio en dos estados distintos, el de Yucatán y el de Quintana Roo.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

La visita de Chichén Itzá, con el calor y bajo el cielo gris, no voy a describirla. Sólo podría repetir lo que ya he dicho. Lo demás, las precisiones históricas, arqueológicas o estéticas, se encuentra en las bibliotecas, tratado por eminentes especialistas. Sólo diré que, aquí también, el maleficio de los dioses perturba mis tentativas fotográficas y no consigo obtener una sola foto que valga la pena.

Cuando nos detenemos en Valladolid, una multitud de niños nos aborda para ofrecernos una «bomba» a cambio de un peso. Son muy jovencitos, muy serios, con ojos ingenuos, angélicos. La «bomba» es una frase humorística, piropo ingenioso o enormidad obscena, que profieren precipitadamente, con la mayor inocencia, únicamente preocupados por las golosinas que van a poder comprarse con los pesos de los viajeros. Se dirigen preferentemente a las señoras, esperando conmover sus fibras maternales. Al pasar, un arrapiezo de cuatro o cinco años está murmurando, como el que recita una lección prendida con alfileres: «Todas las mujeres tienen en los pechos la esperanza, y un poquito más abajo los bigotes de Carranza». No hay en sus ojos la menor malicia, sino una expresión intensa de aplicación, de conciencia profesional, el deseo de cumplir con su obligación.

La carretera se prolonga con interminables líneas rectas, en que el volante se convierte en accesorio decorativo.

Ahora nos detenemos en un panteón rural, cementerio donde los indios de estos contornos para quienes ha sonado la hora yacen en el reposo eterno. Es un alegre recinto, de tumbas edificadas con más o menos sencillez, cuyo modelo más frecuente es un paralelepípedo posado sobre una losa, con una hornacina de cristales en la base, coronado por una estructura piramidal sobre la que se yergue una cruz. Cada tumba está pintada con tiernos colores, azul, verde, rojo, blanco, amarillo, que ponen una nota de frescura y de alegría en este campo de dolor. Los nombres inscritos en las tumbas: familia Chan-Dzib, familia Chalé-luit..., son exclusivamente indígenas. Ante una de ellas, dos mujeres jóvenes, con unos niños, están rezando el rosario. Nuestra llegada no interrumpe sus rezos, pero hay ahora en ellos una nota de distracción y se transforman en melopea mecánica. En los ojos y en los labios de las orantes nace una sonrisa, cada vez más abierta y más franca. Para ellas representamos, de la manera más indudable, un curioso y divertido espectáculo de los que no se presentan todos los días. Nosotros estamos aquí mirándolo todo con interés, curiosidad y sorpresa. Ellas nos miran a nosotros con la misma sorpresa, la misma curiosidad y el mismo interés. La diferencia es que ellas no han hecho un viaje tan largo como nosotros. A la puerta del cementerio están jugando unos niños. Uno de ellos lleva un perrito en los brazos, como si fuera una muñeca. Nos miran y nos responden sonrientes. Para ellos somos gente mucho menos rara que para los mayores.

De vez en cuando pasamos por un pueblo o un pequeño poblado, en donde las chozas de los indios son las moradas más numerosas. Son sencillas, primitivas, pero, sin duda, muy adecuadas a estas latitudes. Una fila de troncos delgados o de bambúes plantados en el suelo uno al lado del otro, un techo de palma habilísimamente dispuesto y trabajado, ofrecen la protección necesaria contra la lluvia y el sol. Su aspecto limpio y atractivo sugiere visiones, probablemente falsas, de vida idílica, de retorno a la naturaleza. La miseria sólo se muestra cuando el progreso hace su aparición con techumbres de uralita o de cinc ondulado, horriblemente feas y sórdidas al lado de las te-

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

chumbres de palma, e indudablemente mucho menos hospitalarias bajo los rayos del sol tropical.

Cancún, creación turística artificial y reciente, es una ciudad surgida de la nada y que ya rebasa los setenta mil habitantes, al servicio de las actividades hoteleras y comerciales propias a esta zona franca, a la que los mejicanos vienen atraídos por los bajos precios de los productos importados. Estos se ofrecen en tiendas, supermercados y otros establecimientos en cantidades y variedades impresionantes. En cambio, cuando trato de encontrar un bote de Nescafé, que se fabrica en Méjico, tengo que recorrer media ciudad antes de poder echarle la vista encima.

En los alrededores de Cancún yo creo notar un contraste entre el lujo de los hoteles y la lozanía de sus jardines, frente a la desolación que se desprende de las tierras pantanosas y de los arenales blanquecinos.

Estamos alojados en un hotel agradabilísimo, pero un tanto laberíntico, con sus cuerpos de edificio esparcidos en los jardines, y cada vez que quiero ir a un lugar determinado, me equivoco y me pierdo irremediablemente, hasta que encuentro un punto conocido para volver a empezar mi periplo azaroso.

Jueves 14 de agosto

Dolce farniente en Cancún. Playa, paseos, excursiones. Yo voy en una embarcación a la Isla Mujeres. Los pasajeros son en gran número estadounidenses, gente sedienta que amortiza el precio del pasaje con las bebidas gratuitas que se sirven en el bar, hasta el punto que, cuando regresamos por la tarde, no hay más líquido a nuestro alcance que la inmensidad marina. Estos sedientos son cada vez más ruidosos y chillones. Por la tarde el cansancio y la modorra consiguen acallarlos y, como el retorno se hace a la vela, podemos disfrutar de un delicioso momento de paz. Este regreso me permite imaginar, por un instante, lo que podía representar el tiempo para los navegantes de antaño, al comprobar con qué lentitud implacable nos acercamos a la costa, que parece encontrarse a cuatro pasos de nosotros, avezados a las cadencias de nuestros motores aéreos, terrestres y marinos.

La cena «Pirata» organizada en la playa por el hotel, como todos los jueves, con una orquesta típica, es una fiesta en que alguno de nuestros más escandinavos amigos encandila al personal autóctono con los endiablados bailes tropicales de por aquí, ejecutados con la maestría del profesional. El tequila y otras bebidas corren a profusión.

Viernes 15 de agosto

Mañana de playa y de sol después de la fiesta nocturna. Este reposo en Cancún nos lo teníamos muy bien merecido. Lástima que sea tan corto.

Estos últimos días he estado saboreando turbios sentimientos. «Ya conocéis mi torpe aliño indumentario.» En las manifestaciones y encuentros de A. E. P. E. muchos han observado que mi corrección vestimentaria deja que desear. Yo soy el que gasta cazadora cuando los demás llevan chaqueta, el que no lleva corbata en las recepciones oficiales

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

porque no la tiene en su equipaje. Aquí, en Méjico, tejanos, alpargatas y camisa ligera han sido mi atuendo casi constante, a pesar de lo pesado de mi maleta, en que he transportado montañas de prendas inútiles. No falta quien se ha burlado amistosamente de esta manía. Desde que hemos penetrado en los trópicos he ido desnudando mi cuerpecito serrano, hasta llegar al calzón de deporte por todo atavío en más de una ocasión, en que he vertido mares de sudor como nadie. Mis respetables amigos, siempre tan dignos y correctos (he llegado a sospechar que se acostaban con corbata de dormir), al verme empezar mi sesión de «striptease» (como dicen ahora), no dejaron de hacer notar, con cierta ironía, que el vestido es la marca de la civilización, que el hombre se viste para embellecerse, que el espectáculo de la desnudez, poco apetecible en muchos casos, es para la más estrecha intimidad. Estas amistosas filípicas me han dejado de hielo. Ande yo caliente y ríase la gente, pensaba yo en tono proverbial, aunque impropio. Y el caso es que he visto a mis queridos censores, con la fea malicia del que saborea un desquite, renegar de sus principios y despojarse, entre otras cosas, de su digna corrección: mangas arremangadas, cuellos abiertos, pechugas al aire, para terminar tan descamisados como yo. Han llegado a mostrarse en «shorts», muy parecidos a los que desencadenaron sus ironías primeras. Doble satisfacción para mí: el desquite y la palma de precursor. Según creo, el único que conservó puesta la camisa hasta el final (y no estoy completamente seguro de ello) fue nuestro digno presidente. Pero conste que no llevaba corbata y que sudaba la gota gorda como los demás.

Después de comer en Cancún salimos en autocar a Mérida por el mismo camino que al venir. Una de nuestras compañeras ha pillado una insolación y su estado nos preocupa, sobre todo al pensar en las incomodidades del viaje. De Mérida seguimos en avión a Méjico, después de cinco horas de carretera. La llegada es tardía, pero estamos alojados en el mismo hotel que al principio.

Sábado 16 de agosto

Este último día tenemos una excursión a Cuernavaca y Taxco. En nuestro autocar va un guía joven, futuro ingeniero que se gana unos cuartos acompañando excursiones como la nuestra. A la salida de la capital nos muestra la Escuela Militar Echevarría, de fundación reciente. Según él, las lujosísimas instalaciones reciben contingentes de muchachos de origen muy modesto, que se ven allí halagados y mimados moral y materialmente y se hacen a la idea de que han accedido a una capa superior de la sociedad. Con esta política se está creando una casta militar que no existía hasta ahora. Por otra parte, el servicio obligatorio es una carga muy ligera, que consiste en frecuentar los cuarteles una vez por semana para practicar actividades más deportivas que militares; el Ejército activo es un ejército profesional de alistados voluntarios y no de reclutas. Nos habla de la instrucción y afirma que los analfabetos representan el treinta por ciento de la población. Dice que el jornal de los menos favorecidos es de cien pesos diarios, que el precio de la harina de maíz para las tortillas o el de los fríjoles, que son la base de la alimentación, representa una tercera parte del jornal y que, por término medio, la familia mejicana es de ocho hijos. En cuanto a la política contraceptiva que se practica, resulta poco eficaz por falta de preparación: las enfermeras de los consultorios oyen a menudo decir a las consultantes que «se tomaron la pildorita el lunes y el martes, pero como se olvidaron de hacerlo los días siguientes, se las tragaron todas juntas el sábado».

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

Aborda después el capítulo de las elecciones presidenciales y explica que, a pesar del partido oficial, el P. R. I., cada presidente tiene su política personal, a lo largo de un mandato soberano de seis años, durante los cuales cada uno trata de imprimir su sello a la vida de la República con reformas e innovaciones a menudo muy oportunas, pero que son abandonadas por el presidente que sigue, lo que acarrea una lamentable falta de continuidad. Por lo visto, nuestro joven guía no es un incondicional del régimen como Tim, nuestro guía anterior. Sin embargo, su crítica no es meramente negativa, quiere darle un tono de objetividad, de progresismo moderado. Por ello se muestra entusiasmado cuando habla del obispo de Cuernavaca, cuyos sermones, según él, son hábilmente socializantes, que se muestra favorable al control de la natalidad y que impone a los sacerdotes de la diócesis la obligación de someterse al psicoanálisis.

Con esta conversación llegamos a Cuernavaca, donde visitamos principalmente la catedral.

Después seguimos hacia Taxco. En la carretera se venden mazos de doce docenas de rosas por cien pesos. Las rosas son uno de los cultivos importantes de la comarca.

Antes de llegar al final del trayecto hacemos una parada para ver a las vendedoras indias de iguanas. Sabido es que la iguana es un bocado exquisito. Nosotros sólo somos curiosos que nos contentamos con fotografiar mercaderes y mercancía. Las indias posan ante el objetivo con complacencia a cambio de unos pesos. Sospecho que la venta es un pretexto, que ninguna de ellas se desprendería de buena gana de estos animaluchos, accesorios indispensables para su verdadera profesión, la de modelo para turistas fotógrafos.

Llegamos a Taxco a la hora de comer. La comida es del tipo «buffet», en que se ofrece a cada comensal una amplia selección de manjares para que escoja lo que más le guste. Yo me niego a escoger, deseo probarlo todo y no me doy cuenta de que en ese caso hay que tomar una porción minúscula de cada cosa. Total, que como más de lo necesario y que, víctima de mi curiosidad gastronómica, voy a tener dificultades digestivas sin tardar.

Taxco es una agradable ciudad colonial, con calles y plazas deliciosas en que abundan las flores por doquier. Hay gran cantidad de plateros que fabrican, exponen y venden los objetos más diversos y atractivos que se pueden imaginar en el dominio de la platería. Hay, por fin, la iglesia de Santa Prisca, muy representativa del barroco mejicano que ya hemos admirado varias veces.

Lo esencial de la visita está terminado cuando empiezo a notar las consecuencias de mi gastronomía inconsiderada. Afortunadamente mi indisposición es benigna y unas horas después me siento como si tal cosa. Moctezuma no ha querido vengarse de mí; ya debe saber que soy muy buen chico.

De regreso, al pasar donde se hallan los vendedores de rosas, pido al guía que haga parar el autocar, como lo ha hecho tantas veces a la ida. Pero ahora es otro cantar. El y el chófer consideran que la jornada laboral se está terminando y no desean prolongarla ni un minuto más. Encuentran, pues, excelentes razones para no acceder a mi petición. Por culpa de ellos tengo que renunciar para siempre a un proyecto que me hacía mucha ilusión, el de organizar, por un precio más que abordable, mi pequeña lluvia de rosas personal en el autocar.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PRO
Centro Virtual Cervantes

Domingo 17 de agosto

Cuando me levanto y bajo al vestíbulo del hotel compruebo que nuestros compañeros que vinieron de Madrid ya se han marchado. Su vuelo de regreso es muy matutino y han tenido que salir muy temprano. Como ayer no pensé en este detalle, no tendré la ocasión de despedirme de muchos de ellos.

Esto se acaba. América va a situarse de nuevo, como de costumbre, al otro lado del Atlántico, nuestro grupo cordial va a dislocarse y de estos días extraordinarios no va a quedar más que el recuerdo. Con estos pensamientos y con los preparativos la mañana transcurre y llega el momento de salir al aeropuerto. Es la una y media. Hace una hora que hemos bajado las maletas.

La última espera va a ser de las buenas: cinco larguísimas horas por los pasillos, los vestíbulos y las salas de espera. Me pregunto si estarán ultimando la fabricación del aparato que ha de llevarnos, pero no es eso, como lo descubro en el momento de embarcar. El avión en que salimos es el mismo «Castillo de Chapultepec» que nos trajo.

A medida que el tiempo transcurre el nerviosismo aumenta. Al pasar por el control la cola que se forma ante la ventanilla es de las más anárquicas, tres o cuatro personas en cada fila, deseando pasar cuanto antes, a las que bruscamente se añaden los viajeros venezolanos de un avión que acaba de llegar y que han de seguir el viaje en el nuestro. Son gente voluminosa y vocinglera. Quieren pasar antes que nadie y se insinúan a viva fuerza entre los que esperan, lo que da lugar a desagradables altercados. Yo tengo que contender con una muy corpulenta señora, que avanza inexorablemente en la masa inmóvil de los que esperamos y me va privando poco a poco de espacio y de respiración.

Como todo llega, pasamos por el control y seguimos esperando, pero esta vez ya en la sala de embarque, hasta que aparece el avión y podemos instalarnos, nosotros y los numerosos bultos, paquetes y bolsos que contienen las adquisiciones más preciosas de cada uno. Todo esto debería viajar con el equipaje, pero el personal de cabina hace la vista gorda y el reglamento no se aplica.

El vuelo de regreso transcurre sin incidente notable. Después de la escala en Miami y de la proyección de la tradicional película, todo duerme en el avión, menos yo (y supongo que el piloto), que no llego a conciliar el sueño hasta muy tarde. La vista de toda esta gente dormida y abandonada, envuelta en las mantas de Aeroméxico, descoyuntada en los sillones, las cabezas caídas, los ojos cerrados, la boca entreabierta, respirando bien o mal, es realmente desoladora. Los elegantes y despreocupados viajeros intercontinentales hacen pensar en los pobres rebaños humanos de los grandes desastres. Yo consigo dormitar una hora o dos, hasta el momento en que los primeros durmientes empiezan a dar signos de vida. Algunas ventanillas se abren y el sol invade la cabina. Tengo la buena idea de asearme antes de que empiecen las incesantes idas y venidas de los demás. Cuando nos sirven el desayuno todos están despiertos, salvo unos pocos, los más empecinados. Estamos llegando. Ya volamos sobre la tierra de Francia. Vamos descendiendo y la visión del paisaje se va precisando. Tengo la impresión de que todo es aquí más pequeño. Los campos, los bosques, las carreteras, los caminos, los ríos, los pueblecillos y las ciudades de este país parecen rastrillados, peinados, limpios, pintados, ordenados, moldeados por una presencia humana inmemorial.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

Por fin París, Orly, el equipaje, los adioses, la dispersión, cada uno por su lado, cada uno hacia su cuadro de vida cotidiano, cada uno sumido ya en su mundo personal.

Han transcurrido más de dos meses desde el regreso a París. Me gustaría añadir una conclusión a lo que antecede para sintetizarlo, pero me resulta difícil formularla. Tal vez pudiera hacerlo diciendo que si me propusieran volver a empezar mañana, en las mismas condiciones, con los mismos compañeros, con el mismo recorrido, mi respuesta sería entusiásticamente afirmativa y correría a preparar la misma maleta. Bueno, entendámonos: la maleta sería la misma, pero esta vez no pesaría ni la mitad.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Sergio GARCÍA ORIOL. CRÓNICA MEJICANA DE UN VIAJERO PR
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes